

A hooded assassin in a dark, textured robe and a black hood stands in a dusty, ancient city street. The assassin is wearing multiple layers of brown leather straps and buckles across their chest and arms, suggesting a tactical or combat-oriented outfit. Their hands are clenched into fists, and they are looking directly at the viewer. The background shows tall, classical-style buildings with arches and columns, shrouded in a thick, golden-brown haze or smoke. The lighting is dramatic, with strong highlights and deep shadows.

J. J. VILLARREAL

LA
RESURRECCIÓN
DEL
DRAGÓN

Contenido

[Dedicación](#)

[Mapas](#)

[Asedio](#)

[Arma](#)

[Consejo](#)

[Pantano](#)

[Segundos](#)

[Traición](#)

[Sorpresas](#)

[Plan](#)

[Edicto](#)

[Ejecución](#)

[Masacre](#)

[Agüero](#)

[Cinco](#)

[Túneles](#)

[Puerta](#)

[Portadores](#)

[Bóveda](#)

[Mátalos](#)

[Daga](#)

[Comienzos](#)

[Al lector](#)

[Otros libros](#)

[Notes](#)

A los fieles lectores de esta saga

MAPAS





Antiguo mapa de la ciudad de Argoth

ASEDIO

EL CLAUSTRO ARDÍA en llamas, y Degoth no lo podía creer.

Con el cuerpo bañado en sudor y su túnica salpicada de sangre, se dio un momento, tan solo unos segundos, para contemplar la horrible escena.

Él estaba de pie en la muralla sur, en el adarve cercano a una de las seis torres que resguardaban el claustro. Lograron resistir el asedio por casi dos meses pero, finalmente, las catapultas enemigas derrumbaron parcialmente una puerta, la del este, y abordaron la muralla por medio de escaleras.

Luego el caos.

El combate cuerpo a cuerpo llevaba casi seis horas, y Degoth se sentía completamente exhausto. Sin tiempo para descansar. Evidentemente perderían. El enemigo, al no estar siendo repelido por las flechas (los arqueros estaban ahora ocupados tratando de defenderse de la incursión), se acercó lo suficiente para lanzar proyectiles encendidos con sus trabuquetes. Las explosiones tronaban contra las paredes de la gran torre, mientras que el establo y los graneros sucumbían al fuego.

Este no era cualquier claustro. Era el suyo. El del venerable Datán. Donde creció y recibió su entrenamiento. Donde se convirtió en aquello que definía su existencia: un guerrero dragón.

Escuchó un jadear a sus espaldas y se dio la vuelta justo a tiempo para defenderse de un ataque con jabalina. El soldado era joven; tendría unos veinte años, uniformado con la vestimenta estándar del ejército de Argoth: la túnica de lana azul rey hasta la rodilla, y una coraza plateada —aunque esta la llevaba manchada de lodo y sangre— con la insignia de la cabeza del halcón en el pecho. Había perdido el yelmo, y no blandía espada sino una lanza de madera.

Degoth bloqueó con facilidad el ataque, desviando la punta de la lanza. El joven soldado no se dio por rendido fácilmente pues, para sorpresa del guerrero dragón, le lanzó una patada que le dio por encima de la cadera, un golpe seco y fuerte que le quitó el aliento.

Dio varios pasos hacia atrás para ganar espacio y recuperarse del golpe. El joven soldado gritó:

—Muéranse todos ustedes, herejes hijos del inframundo.

No le respondió. Al final, todo esto no era su culpa. Este soldado estaba simplemente acatando las órdenes recibidas. Moriría por estratagema de otros. En otro tiempo, hace no mucho, Degoth le habría dado órdenes como capitán del ejército de Argoth.

Pero todo cambió hacía medio año, cuando de manera repentina la reina Malbeth declaró que la Orden del Dragón secretamente buscó derrocarla por medio de brujos y hechiceros, por lo que todo guerrero dragón debía rendirse ante la ley para ser procesado por la inquisición.

De la noche a la mañana, por todo el reino comenzó la búsqueda y exterminación de cualquier guerrero dragón, con la Cofradía del Resplandor —los iluminados— como los encargados de capturar, enjuiciar y ejecutar a todo miembro de la Orden. Además se ofreció una recompensa de cien darís por la captura de cualquier dragón... vivo o muerto.

El joven soldado atacó de nuevo. Si Degoth estaba cansado, el soldado lo estaba todavía más. Y ¿cómo no? El combate era duro y se extendía.

Con un movimiento de la espada bloqueó de nuevo el golpe, pero esta vez fue Degoth quien tomó la ofensiva al sujetar al soldado por el hombro, acercándolo hacia él para incrustarle la espalda por el vientre, la punta saliendo por la espalda. El soldado abrió grandes los ojos, Degoth no estaba seguro si su semblante expresaba horror o alivio.

Se ajustó el parche negro que llevaba sobre el ojo izquierdo y miró hacia abajo en dirección de la explanada frente a la torre, buscando a Dina. No la vio.

Nunca debí aceptar que viniera, pensó. Pero ella insistió. Y ahora estaban allí, en un combate del cual saldrían vivos tan solo por un milagro. Cuando la reina proclamó que todos los guerreros dragón eran enemigos del reino, los iluminados clavaron pergaminos en cada esquina ofreciendo recompensa por cualquier captura de un dragón, pero en especial por la captura de dos personas: Degoth ek'Degoth y Dina ek'Ordeh. Seiscientos darís por cada uno. Ellos eran los enemigos primarios del reino pues, según el edicto, eran ellos precisamente quienes intentaron asesinar a la reina.

Por supuesto, ambos inmediatamente salieron huyendo, pero no solamente ellos, sino también todas las personas cercanas a ellos: Joneh-duné, abuelo de Dina; Rafel el alquimista, quien tuvo que abandonar su querida torre, con todos sus libros, torre que fue incendiada por los iluminados días después; y Tom el grande, cuya taberna fue clausurada. Solo Ornef ek'Ilión el bibliotecario se salvó de la persecución, y solo porque su relación con el guerrero dragón era secreta.

Degoth bajó por los angostos escalones de la muralla, brincando cuerpos de amigos y enemigos, hasta llegar a la explanada abajo, en donde la pelea se intensificó. Unos cincuenta guerreros dragón combatían contra ciento cincuenta enemigos, incluyendo varios iluminados que lanzaban hechizos por el aire.

Los dragones tuvieron un poco de tiempo para prepararse del ataque venidero, y sacaron de las bóvedas todas las reliquias a su disposición, en especial aquellas que tenían hechizos de protección. Era su arma secreta. Los iluminados pensaban que se desharían rápidamente de ellos, pero no contaban con la protección de las reliquias, así que muchos de sus poderes mágicos no funcionaban contra los guerreros de la orden. Esa era la razón por la cual varios iluminados, incluyendo algunos inquisidores, yacían en el suelo inertes.

Entonces vio a Dina.

Por desgracia, estaba enfrascada en un combate contra Nimud, el arzoinquisidor alto y fuerte, practicante de la magia, quien odiaba a Degoth.

Nimud era un excelente espadachín.

Y Dina estaba herida. Sangraba de las costillas.

ARMA

LOS OJOS DE Nimud se abrieron grandes cuando vio a Degoth. El arzoinquisidor jadeaba y se notaba cansado, pero era un hombre vigoroso. Había estado usando poderes mágicos, lo que reducía su energía interna. Degoth sabía que, aun así, era un enemigo poderoso.

La magia y la hechicería estaba estrictamente prohibida en todo el reino. Los únicos que tenían permitido practicarla eran los paladines de la Cofradía del Resplandor, y Nimud era uno de sus más talentosos. Su nombre comenzaba a ser leyenda por su naturaleza implacable y su carácter despiadado.

—Te he buscado por todo el reino, dragón —espetó el arzoinquisidor—. Tenía la esperanza de encontrarte aquí. Cuando la vi a ella, me emocioné. Supe que estarías cerca.

Ignorándolo, Degoth se dirigió a Dina:

—¿Estás bien?

—Estoy bien. —Pero no parecía estarlo. Con la mano izquierda detenía la hemorragia. Tenía la cara pálida. Necesitaba atención médica inmediata.

—Sal de aquí —le dijo Degoth—. Yo me encargo.

—No —contestó ella—. Me quedo.

El guerrero dragón maldijo para sus adentros. No la convencería. Echó un vistazo a su alrededor. La batalla estaba perdida, y pronto se daría la orden de rendirse.

Nimud leyó su mente:

—No, dragón. No te dejaré salir vivo de aquí. No me importa si tiras la espada, si levantas las manos, si ruegas por misericordia. Hoy se termina tu maldita vida.

Degoth tenía ganas de pelear contra Nimud. Podía vencerlo. Quizás tendría suficiente tiempo para hacerlo, para finalmente deshacerse de él. Pero después de eso, ¿qué? Terminaría muerto o capturado, y no quería ninguna de las dos cosas.

Tenía que salir vivo de allí.

—Es lo honorable, Degoth —le dijo Nimud—. Haz peleado suficientes batallas. Es hora de terminar y morir con tus compañeros herejes. No hay salida.

Nimud extendió su mano izquierda e hizo un movimiento como de jalar algo. Degoth sintió el impulso en su espalda, como si una gigantesca mano lo arrastrara hacia el frente, hacia la punta de la espada del arzoinquisidor.

Desvió el filo, dio un giro sobre su eje y atacó el cuello de Nimud, pero este se defendió con un espadazo y, girando su mano, creó un torbellino debajo de Degoth que lo mandó dando vueltas por el aire.

Cayó al suelo, pesadamente, sobre su pecho. Se puso sobre una rodilla. Dina atacó a Nimud, ella protegida por una reliquia que anulaba cualquier poder mágico. Pero estaba cansada y desangrándose, por lo que el arzoinquisidor la mandó dando tumbos hacia atrás con una patada en el estómago.

El claustro se llenaba de enemigos. Eran pocos los guerreros dragón que quedaban con vida, pues la mayoría yacían en el suelo, sin vida o desangrándose.

No hay opción, pensó Degoth. No pienso ser capturado. Tendré que salir de aquí.

La idea de huir le revolvió el estómago. Prefería quedarse hasta el final y morir con sus

amigos, aquellos que además eran sus hermanos.

Hasta ese momento, Degoth no había usado su arma secreta: la magia. Solamente tres personas vivas sabían ese secreto: su padre, el maestro Slepten, y Dina. Pero en ese momento, frente al arzoinquisidor, supo que el tiempo de discreción había terminado. Aunque estaba agotado, su energía interna seguía intacta pues no había usado magia hasta ese momento.

Así que espero a que Nimud se acercara un poco más, y envainó la espada. El inquisidor se detuvo, entornando los ojos, con un semblante de trepidación. Y así, con las dos manos libres, Degoth cerró los ojos para lograr completa concentración, y con un grito visceral lanzó ambos brazos hacia el frente.

En esa fracción de segundo antes de que el golpe de aire mandara al arzoinquisidor a volar, Nimud abrió los ojos grandes, pues comprendió que Degoth ek'Degoth tisdata, el guerrero dragón, era un hechicero.

El paladín iluminado giró tres veces por el aire y cayó cerca de la muralla. Se quedó quieto.

¿Lo habré matado?

No tuvo tiempo para corroborarlo, pues acercándose a Dina, le dijo:

—Sígueme, Dina, no hay tiempo que perder.

Ella apretaba los dientes.

—¿Puedes correr?

—Puedo intentarlo —dijo ella.

Eso hicieron. Corrieron en dirección de la torre, de la cual salía humo de algunas ventanas. Esquivaron cuerpos y evitaron enemigos. Tomaron un pasillo y lo atravesaron. Degoth reconoció entre los cuerpos tirados a Kerner, jefe de la guardia del claustro (dos flechas en el pecho), y a Poldán, asistente de cocinero (prácticamente decapitado). Llegaron a un salón relativamente grande, ornamentado con un lujoso techo de madera. En las paredes, dos hileras de sillas de madera elaboradamente talladas

—¿Y ahora? —preguntó Dina.

Degoth no conocía todos los pasadizos secretos del claustro, pero sabía de dos. Uno de ellos en los aposentos del gran maestro Slepten, y el otro allí, en ese salón que fungía como sala capitular. En la esquina izquierda un armario grande protegía algunos de los pergaminos con las minutas de las juntas. Degoth abrió el armario, se agachó para remover un fondo falso en la parte inferior, y se metió por el túnel. Dina lo siguió.

CONSEJO

LA REINA MALBETH entró al salón e inmediatamente todos se pusieron de pie e hicieron una reverencia. Llegó hasta la silla que le correspondía, en el extremo de la mesa, y se sentó. Los demás la imitaron.

Era casi mediodía. Antiguamente las reuniones del Consejo sucedían semanalmente. Ahora, sin embargo, eran diarias, pues estaban en guerra. Una guerra civil.

Por un lado, contra los guerreros dragón. Deshacerse de ellos estaba siendo más difícil de lo que ella inicialmente esperaba. En parte porque algunos optaron por esconderse, y otros se acuartelaron en sus claustros amurallados. Malditos cobardes. Aunque la reina entendía su razonamiento. La Orden del Dragón no era un ejército, y era imposible que prevalecieran contra los ejércitos del reino. Así que ella comenzó una campaña de destrucción de claustros, deshaciéndose de aquellos lugares donde los guerreros dragón se entrenaban y, ahora, se escondían.

Por el otro, más preocupante, era la guerra contra Gabá. Cuando Malbeth declaró que todas las ciudades del reino debían rendir sus ejércitos a la Corona, la mayoría de las ciudades accedieron.

Excepto Gabá, Digán-ael, y Rualén, ciudades al sureste de Argoth. Por años Gabá había incrementado sus riquezas y poder en la región, y la gobernadora Yualín-azemeth siempre había sido una constante molestia. Los gabanos eran orgullosos, y la rivalidad con Argoth llevaba cientos de años.

No solamente Gabá se rehusó a entregar sus ejércitos, sino que además declaró que ningún guerrero de la Orden sería perseguido en sus territorios. De hecho, la gobernadora proclamó un edicto diciendo que dicha orden —la de perseguir a los dragones— era una traición en contra de aquellos que, desde antes de la fundación del reino, se habían dedicado a proteger y salvaguardar la paz. Por supuesto, muchos dragones huyeron allí.

Hasta ese momento, seguían las negociaciones. Pero ambas ciudades preparaban sus ejércitos. La reina temía que si el asunto no se resolvía pronto, otras ciudades decidirían rebelarse o unirse a los gabanos. La mejor opción era la guerra, aplastar a Gabá de una vez por todas.

Colgaré el cuerpo de la gobernadora en la plaza principal de Gabá, pensó la reina. Con las tripas de fuera.

En la mesa, alrededor de ella, su Consejo aguardaba permiso para hablar. Inmediatamente a su izquierda, Valadús, el alto general primero de los ejércitos de Argoth. Después estaba el sacerdote supremo de la religión elemental, con su vestimenta púrpura, ornamentada en el pecho con los símbolos plateados de los cuatro elementos. Luego el gran inquisidor de la Cofradía del Resplandor, con su túnica roja y un cordel delgado y dorado en la frente. De su cuello pendía el medallón con el símbolo del Sol Dorado con un ojo en el centro. Además de ellos estaba el gobernador de Zimireth y la gobernadora de Rubán-el, que pertenecían al «círculo», que era la manera en que coloquialmente se le decía a las tres ciudades más cercanas a Argoth, con Rubán-el al noroeste, Gabá al sureste, y Zimireth al suroeste.

De pie, de espaldas a la pared, tres delegados reales; dos mujeres y un hombre.

—¿Qué noticias del ataque, general? —preguntó la reina.

El general se aclaró la garganta:

—El claustro del venerable Datán cayó, mi reina, ayer por la noche.

Todos en la mesa asintieron y sonrieron, la gobernadora de Rubán-el aplaudió.

La reina permaneció seria:

—¿Su venerable maestro?

—Capturado. Viene en camino.

—Muy bien. Cuando llegue, lo quiero interrogado y ejecutado. ¿Está eso claro? —dijo dirigiéndose al gran inquisidor Zecatán.

—Así se hará, mi reina —contestó el viejo hombre de cara arrugada y barba larga, blanca.

—¿Encontraron al guerrero dragón?

El general titubeó:

—El reporte que he recibido es que sí lo encontraron, mi reina. Junto con la antigua sargento.

—¿Lo mataron?

—Lamentablemente..., creemos que escapó.

—¿Qué? ¿Cómo *que* escapó?

—Es posible que esté entre los cadáveres. Lo están buscando.

—Espero que esté entre los cadáveres, general. Dije que lo quiero muerto. Y no quiero simplemente un reporte de su muerte. Quiero ver su cabeza en un plato.

—Así se hará, mi reina.

—Esos dos son el enemigo número uno del reino. Lograron entrar a mi castillo, a mis aposentos, e intentaron asesinarme. Me avergüenza que sigan con vida.

—Puede su majestad estar segura que los encontraremos —dijo el gran inquisidor—. No pueden esconderse por mucho tiempo.

—¿Medio año no es mucho tiempo, gran inquisidor? ¿Y qué si llegan a Gabá? ¿Cómo los sacaremos de allí?

—Todos los caminos a Gabá están patrullados, mi reina —dijo el alto general.

—Igualmente estaban patrullados los caminos a Nureph. Y de todas maneras llegaron hasta allí los dos.

El general tragó saliva:

—No llegarán a Gabá. Por mi honor, alteza.

—¿Por tu honor? Por tu cabeza, general.

El general hizo una reverencia.

La reina se cruzó de hombros, exasperada. Dijo:

—¿Cómo van las negociaciones con Gabá?

Una delegada, una mujer esbelta y hermosa, de cabello negro y vestida con una túnica púrpura, contestó:

—No hemos podido avanzar, su majestad. La gobernadora mantiene que no cederá al documento que envió con sus demandas.

—Sus demandas son ridículas —contestó la reina—. Prácticamente es una declaración de independencia. ¿Sigue preparando sus ejércitos?

—Sí, mi reina. Nuestros espías nos mandan diariamente un reporte de lo sucedido tanto dentro de las murallas como en el valle de Morián.

El valle de Morián, al norte de Gabá, era el lugar donde se asentaba el campamento de los ejércitos gabanos. Si las negociaciones no tenían éxito, probablemente sería en ese valle donde se libraría la batalla en contra de los gabanos y sus aliados. Y probablemente así sería, porque la reina conocía suficientemente bien a Yualín-azemeth, esa mujer orgullosa y testaruda que soñaba

con sentarse en el trono de Argoth, pues tenía sangre azul; uno de sus antepasados, quince generaciones atrás, era primo del rey argotita.

—¿Cuál es el último reporte?

—Unos diez mil soldados. Incluyendo la caballería, de unos tres mil.

—Es la mitad de nuestro ejército, su alteza —dijo el alto general.

—Si llegan los cinco mil que marchan del sur, general —dijo la reina.

—Llegarán, mi reina, es un hecho.

—Eso espero. Porque quiero que aplastemos Gabá.

—Se espera que en los próximos meses más personas se unan al ejército gabano —continuó la delegada—, pero serán hombres y mujeres de las aldeas cercanas a Gabá. Gente sin experiencia.

—Los aplastaremos —dijo el alto general.

La reina tenía la seguridad que así sería. Ella quería que el ataque se llevara a cabo pronto, pero los altos generales le aconsejaban que una guerra así no podía apresurarse. Tenían que preparar al ejército, armarlo bien, marchar hasta el valle con una estrategia clara, para entonces hacer la guerra. Además, al salir victoriosos, todavía tendrían que conquistar la ciudad de Gabá, que tenía murallas grandes y gruesas. El asedio podía durar meses.

Cuando finalizó la junta, la reina salió del salón escoltada por cuatro guardias de la nueva unidad de élite de la guardia real. Sus antiguos guardaespaldas habían sido ejecutados bajo sospecha de traición.

Caminó por el amplio corredor de los escudos, llamado así porque las paredes y el techo estaban completamente tapizadas con escudos de diferentes tamaños y colores. Subió unas escaleras, recorrió varios pasillos, hasta finalmente llegar a la puerta de sus aposentos. Sus guardias se quedaron al pie de la puerta. Nadie, absolutamente nadie, podía entrar por esa puerta sin permiso, bajo pena de muerte.

Con una sola excepción, por supuesto.

Sus aposentos estaban divididos en dos, primero el salón de estar, y atravesando un arco con una puerta, su recámara. El salón de estar estaba espléndidamente amueblado con una mesa rectangular, sillas y sillones de madera del bosque sagrado de Aldeen.

En un sillón estaba sentado él, envuelto en una túnica oscura.

La reina se acercó, se arrodilló, le besó el anillo de la mano izquierda, y dijo:

—Mi señor.

El viejo hechicero sonrió.

PANTANO

NO FUE FÁCIL escapar de la isla de Nureph, pero Degoth y Dina lo lograron.

El claustro del venerable Datán estaba en la punta de la montaña de Liamatán. De allí, eran cuatro días a pie para llegar hasta la ciudad de Naurepti, al este de la isla, que era una ciudad portuaria. Degoth atendió la herida de Dina con un ungüento y vendajes. Se recuperaría, pues por fortuna no era tan profunda la herida como pensaron.

Llegaron a la ciudad en mal estado, pues bajaron de la montaña en el intenso frío y prácticamente sin comer. Fueron hospedados por un conocido de Degoth, que les dio carne, pan y vino. Cenaron ante una chimenea.

La ciudad, y en especial el puerto, estaba bien vigilado por la armada argotita, pero Degoth tenía amigos, muchos amigos, en el puerto. No batallaron para conseguir una barquilla, así que una noche oscura se hicieron a la mar.

No podrían llegar al puerto de Lerdatán, en el continente, pues evidentemente estaría completamente controlado por el enemigo. En lugar de eso, arribaron una noche de luna llena a una playa a unas cinco leguas al sur del puerto.

Y de allí, a pie, avanzaron por cinco días en dirección del sureste, con la hermosa cordillera de Opaeth-erán a su derecha, de picos altos y nevados. Pasaban la noche en aldeas pequeñas. Puesto que Argoth se preparaba para una guerra civil, la mayoría de las patrullas del ejército se concentraban en las ciudades, y dejaban las aldeas a cargo de los comisarios locales. Sin embargo, para su sorpresa, en dos de las aldeas encontraron pósters de «SE BUSCA VIVO O MUERTO» con el rostro de ambos, y una recompensa de seiscientos darís por cabeza.

Por esa razón entraban a las aldeas de noche, cuando el posadero (o el siervo encargado de la vigilia vespertina) estaba medio adormilado, y salían temprano en la mañana, antes de que el comisario pudiera ser avisado de un hombre con un parche en el ojo izquierdo y una mujer con cierta similitud a los pósters. Después de todo, capturarlos a los dos suponían mil doscientos darís, una pequeña fortuna.

El río Anubín descendía de norte a sur por todo el reino, pasando junto Rubán-el, por en medio de la capital, Argoth, y luego bajaba y se dividía en forma de «Y», ascendiendo al noroeste rumbo a Zimireth, y continuaba al sur hasta salir de los territorios del reino.

Degoth y Dina se acercaron al río por el sur de Zimireth, como a tres días de la ciudad, pues los zimirenos juraban lealtad a la Corona. Cruzaron el río en barquilla, y llegando al otro lado durmieron esa primera noche a la intemperie, turnándose en las vigias, sobre todo por temor a un ataque de gorgots, comúnmente llamados monstruos.

Cuando atardecía el día siguiente, anduvieron por la orilla del río hacia el norte hasta llegar a una zona pantanosa, la región de Egión, compuesta por varias villas en el pantano. Encontraron un mesón-taberna que además tenía muelle, con varias barquillas fondeadas.

Entraron. El aire era espeso por el humo de tabaco, y olía a sudor y aguardiente. Era un lugar relativamente espacioso, unas treinta personas bebían y conversaban en voz alta, y un hombre en la esquina tocaba la lira y una armónica.

Al verlos entrar y no reconocerlos, varios comensales guardaron silencio o bajaron la voz.

En la barra los recibió el tabernero, un hombre que llevaba sombrero de capitán. Era bajito,

barrigón, con una barba corta y mal recortada, y le faltaba el dedo meñique y anular de la mano derecha.

—A sus órdenes, forasteros —dijo acentuando las erres y enunciando con el fuerte acento de la región pantanosa.

—Carne seca y aguardiente —dijo Degoth.

—Al momento —contestó el hombre, que salió por una puertecilla doble hacia la cocina.

Dina lanzó una mirada furtiva a su alrededor.

—¿Crees que podamos encontrar pasaje aquí?

—Eso espero —dijo Degoth.

Planeaban subir por el río hasta acercarse a Argoth. Eso suponía cierto riesgo, porque estaban por entrar a la zona del «círculo», lo cual significaba que habría cada vez más presencia militar. Sin embargo, el río era lo suficientemente ancho como para que pudieran deslizarse entre los barcos enemigos que patrullarían el río, pues este era una entrada hacia la capital del reino.

Regresar a la capital era una locura. Sin embargo, tenían que hacerlo. Se había formado allí una pequeña resistencia, personas que se oponían a las nuevas leyes que salían desde el castillo cada semana. Además de eso, tanto Dina como Degoth tenían la sospecha casi segura que la reina estaba actuando así no por ella misma. Estaba bajo el control o hechizo de alguien.

Tenía que ser Mergante ek'Koleth. Aunque medio año atrás lograron matar a su lugarteniente Zoldán, Mergante se les escapó. Desde entonces, de manera repentina, la reina comenzó a proclamar edictos extraños. La persecución a la Orden del Dragón. La rendición de los ejércitos de todas las grandes ciudades del reino. Además de eso, se comenzaron a hacer censos por todo el territorio real, incluyendo declaración de riquezas y ejércitos de los grandes señores, como los duques, marqueses y condes. Además de eso, se estableció un toque de queda en la ciudad de Argoth.

¿Qué seguía? Imposible saberlo, porque en los últimos meses se promulgaron más edictos que en seis años.

Mucha gente, incluso en Argoth, se sentía inconforme. Pero era difícil disentir con las calles llenas de patrullas. Cualquier persona que se oponía era juzgada rápidamente, tachada de traidora, y mandada al calabozo. O peor, decapitada en la plaza pública.

Por esa razón Degoth sospechaba de Mergante. Era un hechicero con poderosas habilidades de manipulación mental. Si tuviera que adivinar, diría que la reina estaba bajo un encanto de manipulación.

Así que el plan era simple. Regresar a Argoth. Reunirse con la resistencia. Planear la liberación de la reina. Restaurar el orden del reino.

O morir en el intento, antes de que algo peor sucediera.

Y Degoth sentía que algo peor venía: «la gran revelación». Todavía no sabía exactamente a qué se refería dicha gran revelación, pero le seguía la pista por varios años ya, y estaba seguro que ek'Koleth era la pieza clave.

El tabernero regresó y puso delante de ellos un plato de carne, pan, y arroz, además de tarros llenos.

—Gracias, amigo —dijo la ex-sargento Dina.

—Para servirles, forasteros —respondió el hombre—. Aquí en Egión nos conocen por nuestra hospitalidad. Pero admito que en estos últimos tiempos no recibimos muchos visitantes.

—La región pantanosa es difícil de transitar —respondió Degoth.

—Pero sigue siendo la ruta más rápida para los que viajan a la frontera sur, o a Jacabod, al lago de Rinar, o a Tisdeh.

Degoth se aseguró de no hacer gesto alguno al escuchar nombrar Tisdeh, su pueblo de origen. Dina, igualmente, permaneció impassible.

—Así que reciben poca gente, ¿eh? —dijo Dina dándole una mordida a la carne seca.

—Sí, viajera. Ya sabes cómo son las cosas ahora. Ya no se puede viajar como antes. Hay retenes en todos los caminos, sobre todo hacia el norte.

—¿Hay posada en este lugar? —preguntó Degoth.

—Por supuesto. Tenemos casi todos los cuartos disponibles —respondió el tabernero con una sonrisa triste.

—¿Qué tal pasaje? —dijo Dina—. Si buscáramos subir el río...?

El hombre los miró con intensidad:

—Sí, pasaje tenemos, también. Soy dueño de una falúa pequeña. ¿A dónde van?

—Por allí de la pradera del sol naciente —respondió Degoth.

El hombre se rascó la barbilla, haciendo un sonido seco de las uñas contra la piel reseca.

—Eso está bastante cerca de Argoth.

—Podemos pagarlo. ¿Veinte darís?

El tabernero se lamió los labios. Veinte darís era más que justo. Chascó la lengua. Miró hacia la puerta. Examinó las espadas que llevaban al cinto.

Bajando un poco la voz, dijo:

—Aquí en el pantano nos gusta hablar las cosas claras. Por fortuna para ustedes, no soy un hombre codicioso. Además, los argotitas nos caen mal, con todo respeto para usted —le dijo a Dina, pues había reconocido su acento—. Creemos que la reina se está volviendo loca, y últimamente hemos visto más militares aquí en el pantano que en los últimos cincuenta años. Los queremos fuera. Esa es la razón por la que no cobraré los mil y pico de darís que me darían por sus pescuezos.

Degoth reposó su mano sobre el pomo de la espada. Dina echó hacia atrás su capa a la altura de la cintura, para poder desenvainar si se requería.

—Tranquilos, amigos —dijo el hombre—. Aquí estamos a favor de los dragones y en contra de la Corona. ¿Quieren ir a Argoth? Los llevaré a Argoth. Pero será mejor que salgamos hoy en la noche, porque...

Se abrió la puerta de la taberna.

Entraron cinco personas.

Eran soldados.

SEGUNDOS

DEGOTH MALDIJO ENTRE dientes.

—Rápido —dijo el tabernero apuntando con sigilo hacia su derecha—. Si salen por ese pasillo hay una puerta trasera.

Degoth y Dina se pusieron de pie, pero solo avanzaron unos pocos pasos cuando uno de los soldados, con insignia de sargento en el pecho, dijo:

—Ustedes dos, quietos.

Ignorándolo, siguieron caminando.

—¡Hey! ¡Ustedes dos! Dije alto.

Se hizo un silencio en la taberna. Degoth y Dina se detuvieron. Sin voltear a verlo, dijo Degoth:

—Ya vamos de salida, mi sargento.

—No van a ningún lado. Se quedan donde están.

Degoth y la ex-sargento se volvieron para estar de frente a los soldados.

El sargento era un hombre alto, de brazos gruesos, con barba de candado y cabello que comenzaba a tornarse blanco por encima de las orejas. Todos iban con el uniforme de lana color azul, pero sin armadura. Llevaban espadas reglamentarias a la cadera, dos de ellos además traían lanza en la mano.

El sargento sonrió:

—No retendremos a nadie por mucho tiempo, así que todos pueden relajarse.

Absolutamente nadie se relajó.

Los cinco soldados se detuvieron en el centro de la taberna, unos diez pasos del dragón y la ex-sargento.

—¿A qué debemos la inusual visita de tan distinguidos caballeros? —preguntó el tabernero.

—Gracias por preguntar, Jakob —dijo el sargento, sin dejar de mirar a Degoth—. Hace un par de días recibimos instrucción de parar orejas y aguzar mirada. Aparentemente se ha avistado por estos rumbos a un par de personajes que a la Corona y a los iluminados les interesa hacerles dos o tres preguntillas.

—¿Sí? —respondió Jakob—. Aquí rara vez nos visita ya gente, desde que ustedes llegaron.

—Ya sabes cómo son las cosas, Jakob. La chusma ya no viaja como antes. Quizás se deba a eso. O posiblemente a la calidad de la comida en este establecimiento. No estoy completamente seguro.

—O a la combinación de ambas —dijo Jakob, socarrón.

—Por fortuna —continuó el sargento ignorando el comentario—, tengo frente a mí a un par de forasteros que, indudablemente, podrían darme un poco de información sobre este asunto.

—La que usted necesite, sargento —dijo Degoth.

—Estamos buscando a dos personas. Un hombre y una mujer. Armados.

—Tendrá que ser más específico, mi sargento —dijo Degoth, que mantenía ambas manos quietas, en los costados—. Esa descripción aplica a muchas personas. Los caminos son peligrosos. Llenos de monstruos y serpientes venenosas. Andar con acero al cinto es indispensable.

—¿Más específico, dices? —respondió el sargento llevándose la mano a la barbilla—. Hmm. Déjame pensar.

—Tómese su tiempo, sargento.

—Bueno, no sé si esto ayude o no. El hombre que buscamos lleva un parche en el ojo izquierdo.

Fue como si el aire fuera succionado de la taberna entera. El silencio fue absoluto, el de un templo a la hora de la dedicación.

El silencio se mantuvo por unos diez segundos.

—Caballeros —dijo Jakob dirigiéndose a los soldados—: este hombre y esta mujer son huéspedes en mi mesón. Así que amablemente pediré que ustedes salgan de aquí. Si tienen algo contra ellos, pueden conversarlo allá afuera.

—Estos dos son fugitivos de la justicia, Jakob. Si no quieres que te corte la garganta, mejor guarda silencio. A estos dos me los llevo, con los ojos abiertos o con los ojos cerrados.

Jakob, sin decir más, sacó de debajo de la barra una ballesta. Con la naturalidad de un hombre acostumbrado a usarla, y con rapidez pasmosa, puso la flecha en el canal, tensó la cuerda, la aseguró en la nuez, apuntó, y jaló la llave.

La flecha surcó el aire. El sargento, en el último momento, movió su cabeza ligeramente a la izquierda, pasándole la flecha por la oreja e insertándose en el ojo izquierdo del soldado detrás de él.

Degoth y la ex-sargento desenvainaron. Mientras el de la flecha en el ojo se desplomaba, uno de los lanceros arrojó su arma en dirección de Jakob, clavándose ésta en la pared, pero sin el tabernero atravesado en ella.

El sargento, con espada ya en mano, se aproximó al guerrero dragón seguido de cerca de un compañero.

El que tiró la lanza, antes de desenfundar acero, fue sorprendido por un comensal de cabello largo recogido en trenza que le reventó la cabeza con una silla. El otro lancero logró introducir la punta de su arma en las tripas del comensal de trenza que ahora se abalanzaba en contra suya, pero antes siquiera de que lograra sacarle la cuchilla, le clavaron un puñal en los riñones y otro en el cuello, así que con un grito de horror, soltó el astil para llevarse ambas manos a la herida en el cuello, lo que dio suficiente tiempo para que sus atacantes le repartieran otras cinco o seis cuchilladas cada uno, antes de que cayera al suelo, muerto.

La espada de Degoth chocó contra la del sargento, la de Dina contra el soldado.

Era un hombre fuerte, pero al guerrero dragón no le tomaba más de un par de segundos saber si el contrincante sería complicado de vencer o no. Supo que no lo sería, así que se defendió de un par de sablazos, y montó una ofensiva violenta. El sargento soltó un par de blasfemias antes de que la punta de la espada se le deslizara por las costillas, para salir de nuevo y clavarse ahora en el vientre. El soldado balbuceó algo y cayó al suelo, retorciéndose por un momento.

Dina había ya acabado con su enemigo, que además de la herida en el pecho le salía una flecha de la espalda.

—Eres lento, guerrero —dijo ella.

—Tuviste ayuda —le dijo apuntando a Jakob, que dejaba la ballesta sobre la barra e inquiría sobre el estado del de la trenza, que si bien malherido, parecía que viviría.

Inspeccionaron a los otros tres soldados. Estaban sin vida, excepto el primero, al que le habían abierto la coronilla. Este pidió misericordia, y le fue concedida, aunque no se le permitió retirarse pues avisaría a sus compañeros. Lo pusieron en una esquina, resguardado por dos, un tercero vendándole el cráneo.

La escaramuza no había durado más de treinta segundos.

—Tendremos que apresurar la retirada, guerrero —dijo el tabernero.

—Si sueltas a aquel, nos estarán pisando los talones —dijo Degoth refiriéndose al soldado ensangrentado.

—¿Ya le viste la herida? En quince minutos estirará la pierna.

—Entonces, apretemos el paso —dijo Dina.

Salieron de allí rumbo a la barquilla.

TRAICIÓN

VALADÚS, ALTO GENERAL primero del reino de Argoth, entró nervioso a la sesión de emergencia del Consejo.

Tan solo horas antes, la reina pidió una audiencia personal con él para informarle de lo que sucedería en la reunión. Todo lo que la reina le dijo lo tomó por sorpresa.

Aunque no debería sorprenderme demasiado, pensó. Últimamente todo es diferente, todo es una locura.

Sin embargo, tenía que admitir que, hasta cierto punto, los cambios introducidos por la reina los últimos meses le beneficiaban. El ejército recibía más y más poder y control no solo sobre los ciudadanos, sino incluso sobre los nobles y poderosos.

En la mesa, ya sentados, el sacerdote supremo, el gran inquisidor, el gobernador y la gobernadora. Sin delegados.

Valadús se desplomó sobre su asiento.

Inmediatamente, el gran inquisidor le preguntó:

—General, ¿qué está pasando?

Se encogió de hombros:

—Un nuevo edicto.

—¿De qué se trata? ¿Ya lo sabes?

—Sé algo. Pero la reina dará los detalles.

—¿Es verdad el rumor? ¿Que tiene un nuevo consejero personal? ¿Alguien que no conocemos? ¡Es una locura! ¿Quién es?

El alto general primero sentía la garganta seca. Quería responder que sí, que era cierto. Pero no podía. Lo tenía estrictamente prohibido.

Era una locura. Efectivamente, la reina tenía un nuevo consejero personal, y era nada más y nada menos que...

La puerta se abrió. Entró la reina y, detrás de ella, un hombre alto, musculoso, vestido completamente de negro, tanto túnica como capa. La piel oscura, cabello gris y una barba del mismo color que le llegaba al cuello.

La reina ocupó su sitio, con el hombre justo detrás de ella, a su izquierda, de pie.

Todos estaban pasmados, pero en especial el gran inquisidor, que tenía los ojos desorbitados.

—Él es Lord ek’Koleth —dijo la reina—. Mi consejero y confidente. A quien le damos la bienvenida a este Consejo.

—Gracias, mi reina —respondió haciendo una leve inclinación.

El gran inquisidor se puso de pie, con las palmas sobre la mesa, como si se fuera a desplomar sobre ella. Miraba a Mergante ek’Koleth.

—Pero ¡mi reina! Ese hombre..., ¡ese hombre es un heresiarca!

La reina no se perturbó con el comentario.

—Es un enemigo del reino —continuó el inquisidor—. El padre de su majestad, mi reina, el rey Mordeká, luchó en su contra. ¡Lo mandó al calabozo! ¿Qué..., cómo escapó?..., ¿qué hace aquí? ¡Guardias! ¡Guardias!

—¡Silencio! —rugió la reina.

El gran inquisidor se estremeció, arqueando la espalda.

—Pero mi reina...

—Gracias por la lección de historia, maese inquisidor. Es verdad que Lord Mergante peleó contra mi padre en el pasado. Pero eso fue hace años. Los pecados que haya cometido, han sido perdonados. ¿No tengo yo, bajo el respaldo de la ley, la autoridad de otorgar cualquier indulto?

Puesto que el inquisidor no respondió, y estaba petrificado, fue Valadús quien dijo:

—Así es, su majestad.

—¿Y no me permite la ley, desde los tiempos de la fundación, elegir a quien yo quiera como mi consejero personal?

—Está permitido, alteza —confirmó el general.

—Pues bien, he elegido a Lord Mergante.

—Su majestad —dijo el sacerdote supremo, inquieto—: viva para siempre. Lo que ha dicho es completamente cierto. Sin embargo, me pregunto si nosotros, como parte del Gran Consejo, merecemos alguna explicación. Ya sabe, después de todo, *nosotros* somos su consejo.

—La única explicación que necesitan es saber que esta es mi voluntad. Y mi voluntad es la corte más alta de justicia en el reino. Por lo tanto, el simple hecho de que yo lo desee es suficiente para ustedes.

—Reina mía —insistió el gran inquisidor apuntando un dedo huesudo en dirección de Mergante—, ese hombre es un peligroso hechicero. Conocido por sus poderes de dominación mental. No podemos permitir que haga eso con su majestad. Es nuestro deber capturarlo, enjuiciarlo, y ejecutarlo.

—¿Está sugiriendo, inquisidor, que yo estoy bajo el dominio de Lord Mergante?

—¡Es la única explicación! —respondió agitando ambas manos hacia el cielo.

La reina se puso de pie. La cara roja. Los ojos en fuego. El gran inquisidor se sentó. Nunca habían visto a la reina así. Y nunca, jamás, se había puesto de pie en una junta excepto como señal de que la reunión había terminado.

—¡Eso es blasfemia, inquisidor! ¿Cómo se atreve a sugerir eso? ¡Sugerirlo es alta traición!

—Reina, esa no es mi intención. Estoy cumpliendo con mi deber. ¿Seguramente el resto del Consejo estará de acuerdo conmigo...?

Nadie lo secundó.

Tienen miedo, pensó Valadús. Más bien: tenemos miedo.

La reina tomó asiento de nuevo. Respiraba profundamente. Miró a todos a su alrededor, y continuó:

—Por años, Argoth ha sido un reino unido. Pero eso puede cambiar en cualquier momento. La rebelión en Gabá y las ciudades aledañas. Los guerreros dragón que, incluso con sus claustros destruidos, siguen merodeando por allí. Si queremos mantener el poder, si queremos que este reino continúe por los próximos mil años, tenemos que hacer cambios. Cambios drásticos. Y Lord Mergante me ayudará a ello. Le he pedido que lea el nuevo edicto, el cual tiene ya mi sello, y de acuerdo a la ley argotita, es irrevocable.

El hechicero sacó un pergamino de su túnica, lo desenrolló y leyó, con una voz gutural:

—Se proclama, primero, que a partir de hoy, todo hechicero deberá registrarse como practicante en el nuevo Ministerio de Hechicería. Queda abrogada la ley que prohíbe la magia y la hechicería en todo el reino de Argoth. Se proclama, segundo, que la Cofradía del Resplandor quedará a partir de hoy bajo la administración del Ministerio de Hechicería. Todo iluminado deberá reportarse ante el Ministerio de Hechicería antes del fin de la semana, bajo pena de arresto. Firmado, su majestad Malbeth I, reina de Argoth, defensora del reino y de la religión

elemental.

—¿Y quién, si se puede saber —dijo el gran inquisidor crujendo los dientes—, está a cargo de dicho Ministerio?

—Lord Mergante, por supuesto —dijo la reina.

—¿Es decir que todos los iluminados quedaremos bajo el mandato de ese hechicero?

—Así es, maese inquisidor —dijo Lord Mergante, los ojos brillando—. A partir de ahora usted seguirá solamente mis órdenes, sin desviarse a diestra o siniestra, bajo pena de juicio. Por mucho tiempo ustedes los inquisidores han perseguido a los hechiceros. Los han puesto en hogueras, metido en los calabozos más profundos, torturado de las formas más creativas. Eso se ha acabado. Ahora, ustedes nos servirán a nosotros.

Zecatán sonrió. Se acarició la barba. Se puso de pie. Dijo, con parsimonia:

—Eso sucederá solamente sobre mi cadáver.

Hubo una explosión de aire. El alto general primero, completamente desprevenido, sintió el golpe en el pecho, en la cara, en los brazos. Salió expulsado hacia atrás, golpeándose fuerte en la nuca. Escuchó gritos de sorpresa, y de soslayo vio que incluso la reina se deslizaba por el suelo hacia atrás. El único que permanecía de pie, aunque en posición de combate, con el pie izquierdo hacia adelante y el derecho hacia atrás, era Mergante ek'Koleth.

Esto no puede estar pasando, pensó el alto general. ¿Qué era esto, un intento de golpe de Estado? ¿Un atentado en contra de la reina, o del hechicero?

Valadús sabía que el gran inquisidor era un practicante de la magia, pero nunca lo había visto manipular los elementos. El alto general se puso de pie, y antes de sacar la espada, vio al inquisidor hacer un gesto con la mano en su dirección, como si le lanzara algún objeto, y un martillo invisible le golpeó en la nariz, la cual hizo *crac*. Su cabeza latigüeo, su mirada oscureciéndose, pero no perdió el conocimiento. Se llevó la mano izquierda a la nariz que sangraba.

Levantó la mirada. El sacerdote supremo corría hacia la puerta, huyendo. El gobernador de Zimireth estaba en su silla, con el cuello quebrado, los ojos en blanco y la boca abierta. La gobernadora de Rubán-el se escondía debajo de la mesa, gimiendo de miedo. La reina en el suelo, muerta o sin conocimiento. De pie Mergante y del otro lado de la mesa, Zecatán.

El gran inquisidor lanzó una esfera luminosa, como un cometa, hacia el hechicero, pero este la desvió con un movimiento de los dedos.

Valadús se sentía mareado. La sangre le corría por la barbilla. *Debo proteger a la reina*, pensó.

—Eres un mago poderoso —dijo Mergante—. Pero tu tiempo ha terminado, Zecatán. Tu reino de terror contra los hechiceros ha llegado a su fin. El día de tu juicio arribó. La gran revelación ha comenzado.

—Disfrutaré despellejarte vivo, maldito hechicero hijo de Shaigón.

Lord Megante lanzó una carcajada y, para sorpresa del alto general, que nunca había visto algo similar, el hechicero se elevó del suelo, levitando, y se desplazó por el aire hacia el gran inquisidor, quien alcanzó a arrojarle un par de orbes de fuego que el otro esquivó con facilidad.

Mergante tomó a Zecatán por la cabeza, con los dedos como garras alrededor de las orejas.

El gran inquisidor abrió grandes los ojos. Después gritó, un aullido que comenzó quedo y lento, pero subió de intensidad hasta convertirse en un alarido horroroso, y su cabeza implosionó, como si fuera un huevo. La sangre salpicó el rostro y túnicas del hechicero, quien sonreía enseñando unos dientes ahora rojos.

Dioses, es demasiado poderoso, pensó Valadús.

Mergante se acercó a la reina, quien seguía en el suelo, inconsciente, a un par de pasos de Valadús. El hechicero puso delicadamente su mano debajo de la cabeza de la reina, para verle el rostro. Susurró:

—Me serviste bien, hija mía. Habría querido que nuestra relación durara más. Pero los Jinetes decidieron otra cosa, alabados sean.

Sacó una navaja y le rebanó el cuello. La sangre salió a borbotones.

Lord Mergante se puso de pie, y miró al alto general.

Este observó el cuerpo de la reina, que dio un par de espasmos en el suelo, con la mancha de sangre creciendo alrededor de su cabeza.

Dejó caer su espada al suelo, se puso sobre una rodilla, y dijo:

—Rey, viva para siempre.

SORPRESAS

DEGOTH Y DINA entraron a la capital del reino por una entrada secreta en la muralla, no muy lejos del pórtico «sagrado», al este. A Dina le sorprendió lo relativamente fácil que fue ingresar, incluso con toda la vigilancia no solamente dentro de la ciudad, sino también en la muralla y los caminos cercanos. Sin embargo, Degoth conocía a la perfección —o por lo menos así parecía— cada recoveco de Argoth. Así que burlaron los puestos de guardia, llegaron al pasaje secreto, y listo; estaban dentro.

Atardecía, y la ciudad estaba en conmoción.

«La reina ha muerto».

«La reina fue asesinada por los iluminados».

«Le hechicería ya no está prohibida».

«Fue un golpe de Estado».

«Hay rey. Hay rey en Argoth».

Dina notaba a Degoth alterado por lo que oían. Aunque eran rumores, Degoth se detuvo para preguntar a varias personas qué sabían, y todos decían algo similar: la reina estaba muerta y había un nuevo rey, alguien desconocido. Aparentemente los iluminados estaban detrás del golpe de Estado.

¿Era eso posible?

—Llegamos demasiado tarde —murmuró Degoth, preocupado.

Llevaban puesto el capuchón para evitar ser reconocidos, en especial Degoth, pues el parche era un detalle fácil de asociar. Caminaban rápidamente por un callejón, pues cuando el sol se metiera comenzaría el toque de queda.

—¿Los iluminados? ¿Crees que fueron ellos? —preguntó Dina.

—No. No lo creo. Odio a los iluminados, pero un golpe de Estado no tiene sentido.

—¿Entonces?

—Si tuviera una fortuna para apostar, la apostaría toda al hechicero.

—¿Mergante?

—El mismo.

Dina tenía sus dudas. No estaba tan segura como Degoth que el hechicero, el llamado Gran Vidente, estuviera detrás de todo. Es verdad que no lograron capturarlo, pero había sido buscado de manera minuciosa por todo el castillo y por la ciudad.

Sin embargo, era cierto que varias cosas extrañas pasaron justo después de aquel episodio, de las que ella se enteró por su tío Balzin, comandante del ejército. Poltán, el jefe de la guardia real, fue despedido y amaneció un día muerto en la calle, con el vientre abierto. La reina fue relevando su guardia real por completo, con los soldados más cercanos desapareciendo, uno por uno. Algunos muertos, de otros no se sabía nada.

Luego la reina comenzó con los extraños edictos, la persecución a los guerreros dragón, la guerra contra Gabá, y ahora..., ahora estaba muerta. Y supuestamente un rey en el trono. Pero ¿quién podía ser? Ella no tenía hijos, tampoco hermanos. ¿Quién, entonces?

Degoth hizo la señal de alto. Allá adelante, en el cruce, una guardia real pasó marchando.

—Están por todos lados —dijo ella.

—Iremos con cautela. Tenemos poco tiempo antes de que el sol se meta.

Dina estaba contenta de que su abuelo Joneh-duné logró huir de la ciudad antes de que fuera demasiado tarde. Ahora, todo ciudadano era inspeccionado al salir o entrar, incluso se les pedía un permiso, otorgado por el ejército, para abandonar la ciudad. Si todo había salido bien, su abuelo estaba ya lejos de allí, al sur del reino, cerca del bosque sagrado.

Reanudaron la marcha, tomando los caminos más angostos para evitar personas, en especial guardias.

Era imposible que Mergante estuviera en el trono. No se lo permitiría el Consejo. Si un hechicero era el nuevo rey de Argoth, todo estaba perdido.

Ella conservaba la esperanza de que la reina estuviera a salvo. Conocerla fue uno de los más grandes privilegios de su vida, y Dina, al final, se consideraba al servicio de su majestad.

Media hora después llegaron a donde se dirigían: a la gran biblioteca. Los últimos rayos del sol pegaban sobre la torre mayor del imponente edificio de piedra, uno de los más grandes del reino, aunque tristemente casi abandonado desde que los iluminados tomaron control de él, años atrás.

Por supuesto, no entrarían por la entrada principal, sino por otra, por el apretado callejón del este hasta llegar a esa angosta puerta de metal que visitaron en una aventura anterior.

Degoth no tocó el picaporte, para evitar llamar la atención. Por encima de la puerta, cerca de la esquina superior derecha, asomaba un cono metálico encorvado hacia abajo. De la boca del cono salía un cordón que terminaba en un nudo. El guerrero dragón lo jaló.

Era una campanilla que funcionaba por medio de un sistema sencillo de cordones y poleas, de manera que las personas adentro podrían escuchar el *titlinc-titlinc* a distancia de la puerta.

La ex-sargento sintió un *deja-vú* cuando, tiempo después, se abrió el pasador y unos ojos verdes e inquisitivos los inspeccionaron, para después abrir la puerta.

Ornef ek'Ilión los recibió. Cerró la puerta detrás de ellos y exclamó:

—¡Amigos! ¡No saben el gusto que me da verles!

Le dio un abrazo fuerte a Degoth, y después a Dina.

—Pensamos que estaban muertos. Supimos lo del claustro, y recibimos noticias diversas. Algunos decían que escaparon. Otros, que fueron capturados, o que sus cuerpos estaban tan desfigurados que sería imposible reconocerlos.

—Pues aquí estamos, amigo mío —dijo Degoth—. Vivos todavía.

Ornef ek'Ilión, de baja estatura, nariz redonda y barba gris hasta las rodillas se veía idéntico a la última vez que lo vieron. Incluso tenía la misma túnica remendada café. Antiguamente fue el bibliotecario principal del reino, pero los iluminados lo relegaron a ser el conserje. Sin embargo, vivía dentro de la gran biblioteca y conocía ese laberinto lleno de libros como si fuera su propia pipa.

—Vengan conmigo —les dijo—, acompáñenme. Por la voluntad de los dioses han llegado en el momento perfecto. ¡Simplemente, perfecto!

—¿Perfecto? —preguntó Degoth—. Por lo que escucho, las cosas andan mal en la ciudad.

—Hablabamos de eso, guerrero. Y sí, están mal. Muy mal. Pero yo no me refiero a eso. ¡Vengan, apresúrense!

Se dirigieron a la sala de estar del antiguo bibliotecario, pasando un largo túnel, doblando a la izquierda, otro pasillo, unas escaleras, una puerta de madera, luego otra puerta. Antes de abrirla, Ornef dijo, sonriente:

—¿Están listos?

Abrió la puerta. Entraron.

Dina lanzó un grito ahogado.

No lo podía creer.

En ese hermoso salón, si bien pequeño, atiborrado de libros por todos lados, había varias personas, algunas sentadas a la mesa, otras en algún sillón.

Rafel el alquimista, fumando una pipa, de pie, cerca de la chimenea. Tom el grande, el tabernero, a la mesa y con una copa de vino en una mano, un libro pequeño en la otra.

Pero además dos personas que simplemente no esperaba ver allí: el maestro Slepten, y su abuelo, Joneh-duné.

PLAN

SE HIZO UN pequeño pandemónium. Risas, abrazos, golpecitos en la espalda.

Dina estaba completamente sorprendida —y un poco consternada— de ver allí a su abuelo, al que hacía a cientos de leguas de allí.

—¡Abuelo! —le dijo después de soltarlo de un abrazo largo—. ¡Pensé que estabas por el bosque sagrado!

—Entonces hice bien mi labor.

—¿A qué te refieres?

—Le dije a todo mundo que me iría al sur. Parece que logré convencerlos.

—¿Pero y a mí? ¿Por qué no me dijiste que estabas aquí?

—¿Cómo te lo haría saber? Estabas perdida, hija. Pensé incluso que..., que estabas...

Dina lo abrazó de nuevo:

—Casi, abuelo; por poco y perdemos la vida en el asalto al claustro.

—Eso escuché. Nos lo relató el maestro Slepten. Incluso él pensaba que encontrarían sus cadáveres. Aunque manteníamos todos la esperanza. ¡Gracias a los dioses están bien!

—Igual tú, abuelo —dijo sin poder evitar que se le llenaran los ojos de lágrimas.

Hace mucho que Dina no veía a Degoth con una sonrisa en el rostro. Estaba feliz por ver a su maestro, al que pensaban encarcelado, o peor.

—Nos capturaron, a casi treinta dragones. El resto pereció en la batalla —relataba el maestro, con Degoth escuchando cuidadosamente—. Nos dividieron en tres grupos de diez presos. A nosotros nos llevaron a Argoth, no sé adónde se llevaron a los otros dos. No pudimos escuchar ni averiguar. Cuando estábamos a un par de días de aquí, escuchamos los rumores que algo sucedía en la capital. Notábamos a los iluminados nerviosos, consternados, en especial Nimud. Discutían si avanzar hacia Argoth o no. Me concedieron audiencia con el arzobispo, pero no logré sacarle mucha información. Esa noche llegó un batallón del ejército diciendo que el arzobispo era relevado de su posición, y que todos los iluminados debían rendir sus armas.

—Increíble —dijo Dina.

—Como podrán imaginarse, los iluminados no tomaron bien la noticia.

—Y se pelearon entre ellos —dijo Degoth.

—Así es. Pero los soldados eran más, muchos más, y venían bien armados. Algunos iluminados murieron, la mayoría escapó.

—¿Nimud? —preguntó Degoth.

—No sé si escapó. Pero en la escaramuza se olvidaron de nosotros, y nos dimos a la fuga. No sé cuántos fueron recapturados, pero yo y otros tres, Kalat, Muram-elit, y Yulden, logramos escabullirnos de los rastreadores.

—¿Están aquí? —preguntó Degoth.

—No aquí en la biblioteca, pero sí en Argoth.

—¿Por qué no nos sentamos? —interrumpió el bibliotecario—. Tomemos asiento, traeré vino, y continuamos la conversación.

Eso hicieron. Poco tiempo después disfrutaban del vino, fruta, nueces y queso.

Dina sentía una extraña mezcla de emociones al estar allí, rodeada de tantas personas que, de

alguna u otra manera, apreciaba. Sentía alegría de verlos a todos con vida. Pero también temor por la incertidumbre del futuro. Eran las personas más buscadas en el reino, todos en el mismo lugar.

Rafel, cuya ayuda había sido fundamental para atrapar algunos de los hechiceros más poderosos que habían enfrentado. Tom, uno de los hombres mejor conectados en el reino, y gran amigo tanto de ella como su abuelo. Ornef, con esa mente excepcional debido a las decenas de libros que leía cada año. Su abuelo, hombre valiente, herrero de profesión, quien la había criado como padre. Y el maestro Slepten, gran maestro legendario de la Orden y mentor de Degoth tisdata.

Por una hora hablaron de cómo cada quién logró escapar de la captura. Finalmente todos habían llegado, uno por uno, a la biblioteca, esa pequeña fortaleza.

—¿Qué sabemos sobre la reina? —dijo Degoth.

Todos miraron a Tom, el tabernero, que le daba un sorbo a su tarro. Lo puso en la mesa, se lamió los labios.

—Nada bueno —dijo agitando la cabeza, triste—. El rumor es que, efectivamente, está muerta, asesinada por el gran inquisidor.

—¿Qué? —dijo Dina.

—Ese es el rumor —aseguró Tom—. Aparentemente hubo una reunión del Consejo y el inquisidor intentó matarla. Salió en su defensa el alto general y el nuevo consejero personal.

—¿Consejero personal? —preguntó Degoth.

—Sí. Sabemos poco. Pero la información que tengo es que su nombre es...

—Mergante —dijo Degoth.

Arqueando las cejas, contestó Tom:

—Exactamente.

—Por los dioses elementales —dijo Dina—. Degoth, tenías razón.

—Probablemente la tenía controlada —dijo el maestro Slepten—. Cuando terminó su utilidad, la mató.

—¿No creen que haya sido el gran inquisidor? —sugirió Ornef—. Posiblemente al enterarse que sería relevado, o que los iluminados desaparecerían, cometió la traición.

—Pudiera ser —dijo Tom.

—Yo creo que el maestro Slepten está en lo correcto —dijo Degoth—. Esto suena al plan de Mergante. Preparó las cosas para que sucedieran así. Quizás su plan no era que todo se desatara en la junta del Consejo, pero al final sirve sus propósitos.

—¿Y qué es todo esto de que hay un rey? —preguntó Dina—. ¿Cuál rey?

Se hizo un silencio absoluto. Definitivamente habían ya hablado al respecto.

—Se debe a la ley de Argoth —dijo Rafel—. Hay un apartado en la ley de sucesión que dice que, si la reina muere sin tener un sucesor directo, el reinado pasa al consejero privado mientras el Consejo designa a un heredero al trono.

—La reina no es la única que está muerta —dijo Tom—. Murió el gran inquisidor y el gobernador de Zimireth. En el Consejo queda el alto general, el sacerdote supremo, y la gobernadora de Rubán-el. Aparentemente están teniendo reuniones en este momento, preparando el edicto que proclamará a Lord Mergante como rey absoluto.

—También se dará amnistía a todos los hechiceros del reino —dijo Ornef.

Dina miró a Diego, cuyo rostro no denotaba emoción alguna. Solo, ligeramente, entornó los ojos.

—Habrá una rebelión. ¡El pueblo no aceptará eso! —dijo Dina.

—Todos los hechiceros estarán de lado de Mergante —dijo Degoth—. Matará a los que se opongan. Lleva años tramándolo.

La gran revelación, pensó Dina.

—¿Y los iluminados? —preguntó Degoth.

—Estarán bajo el ejército, específicamente al mando de Mergante.

—Ha logrado su venganza —dijo Degoth—. Tanto de los iluminados como de los dragones.

—Así es —dijo Slepten—. Lo hizo todo frente a nuestras narices.

Degoth se recargó en la silla. Sacó su pipa, de madera negra, boquilla curvada. De un bolsillo, una bolsita con tabaco. Pizcó el tabaco, lo puso en el hornillo, apretando la hierba con el dedo índice. Repitió el proceso unas cuatro veces, para luego encenderla. Chupó la boquilla y lanzó una bocanada de humo. Todo el cuarto en silencio, pensativos.

—¿Cuál es el plan? —dijo finalmente Dina, rompiendo el mutismo.

Nadie aventuró nada.

—Pues a como veo las cosas —dijo Degoth—, el plan es relativamente sencillo. Formemos un pequeño ejército, y matemos a ese maldito hechicero.

EDICTO

CINCO DÍAS DESPUÉS los heraldos salieron por toda la ciudad para proclamar el nuevo edicto del rey.

Dina y Degoth, junto al resto de los integrantes de la resistencia, acudieron a la gran explanada de la plaza principal, frente a la catedral de la luna, con el castillo como silente gigante espectador de los hechos. Allí se daría la primera proclamación, la cual se diseminaría por toda la ciudad y después por el resto de la ciudades, pueblos y aldeas de Argoth.

Había tanta gente que no tenían temor de ser reconocidos. Eso sí, la plaza estaba fuertemente resguardada por soldados en armadura completa, como listos para una guerra campal.

Se había construido una plataforma grande de madera frente a la catedral. Varias personas tomaron asiento en sillas de madera, incluyendo el alto general primero, el sacerdote supremo, además de algunos gobernadores, alcaldes, delegados, y un hombre vestido de negro, justo en el centro: Lord Mergante ek’Koleth.

En la plataforma, también, había cuatro troncos de ejecución, y a la izquierda, de pie cerca del borde de la plataforma, cuatro verdugos con una capucha negra que ocultaba la cabeza entera, con la excepción de los ojos.

Habrán ejecuciones, pensó Dina. Varias.

Al pueblo, tristemente, le gustaban las ejecuciones, siempre y cuando fueran criminales o personas de alta cuna, pues volvía más interesante el evento. Asistían hombres, mujeres e incluso niños. Las ejecuciones —hasta recientemente— habían prácticamente desaparecido en el reino, pues en lugar de eso mandaban a los criminales al calabozo, en donde eran decapitados los asesinos, los hechiceros que no se arrepentían, y los traidores. Sin embargo, la reina en el último medio año mandó matar a decenas de personas por todo tipo de razones, en especial por «alta traición contra el reino».

Pasó una media hora sin que nada sucediera, hasta que finalmente Lord Mergante dio la señal a uno de los heraldos, quien se acercó a un atril de madera en la esquina derecha de la plataforma.

El heraldo, un hombre regordete con vestimenta colorida y sombrero de ala ancha con pluma violeta, primero hizo sonar una campana que llevaba en la mano izquierda mientras gritaba:

—¡Oíd, oíd, oíd!

Se hizo el silencio. El mensajero desenrolló un pergamino. Se aclaró la garganta y dijo en altavoz:

A todos los nobles, súbditos y ciudadanos del reino:

Por la gracia de los dioses elementales y el derecho de la ley de Argoth, la cual no puede ser revocada, se hace saber que el trono de este reino ha sido ocupado por la voluntad de los Altísimos y la voluntad del Consejo real. Por lo tanto, se proclama que Lord Mergante ek’Koleth, gran consejero real, por la gracia de los dioses, es constituido ahora legítimo heredero y sucesor de nuestros ilustres antecesores, y quien ahora se alza como nuestro rey.

Que este edicto sea conocido en todos los rincones de nuestra tierra, desde las más altas torres de los castillos hasta las humildes cabañas de los campesinos. Con la ayuda de los dioses y la sabiduría de nuestros consejeros, se promete gobernar con justicia y equidad, protegiendo los derechos de todos los súbditos y defendiendo la paz y la prosperidad del reino.

Como primera voluntad del rey, se proclama: queda prohibida la persecución de la magia y la hechicería. A partir del día de hoy, todo practicante de hechicería cuenta con el favor del rey.

Se hizo un murmullo entre el gentío, además de jadeos de sorpresa.

El heraldo continuó:

Como segunda voluntad del rey, se proclama: todo miembro de la Orden del Dragón, al igual que la Cofradía del Resplandor, se constituye inmediatamente enemigo del reino y reo de muerte. Alcanzarán misericordia si entregan sus armas y se rinden ante la Corona.

Degoth se acercó al oído de Dina:

—Así que no solamente nos seguirá persiguiendo, sino que decidió también deshacerse de los iluminados.

—Probablemente porque ningún iluminado aceptaría doblar la rodilla ante un hechicero —respondió ella.

—Exactamente.

Terminó el heraldo:

Que nadie ose desafiar este edicto real, so pena de enfrentar la justicia de nuestro trono y la ira divina.

Que cada corazón leal y cada lengua sincera proclame la llegada de una nueva era bajo el reinado de su majestad, el ilustre, el poderoso, el inigualable, el protector del reino, el guardián de la antigua magia, el gran vidente de nuestra era... ¡su majestad, el rey Mergante ek'Koleth!

No hubo vítores. Más bien, un silencio absoluto. El sacerdote supremo, vestido con su túnica sacerdotal y cuatro medallones grandes que pendían de su cuello, se puso de pie, levantó las manos y exclamó:

—¡Larga vida al rey!

Algunas personas, quienes Dina sospechaba recibieron algunas monedas con anticipación, hicieron eco a la aclamación.

¿*Irá a decir algunas palabras?*, pensó Dina, mirando al hechicero. Pero no. Permaneció sentado. Incluso a la distancia le parecía ver que tenía una ligera sonrisa en sus labios.

El emisario miró al sacerdote supremo, esperando algún tipo de instrucción. El sacerdote caminó hacia el atril y se paró detrás. Levantó las manos al cielo:

—Pueblo de Argoth: por la voluntad de los dioses elementales, que esta proclamación sea conocida en todos los confines de nuestra tierra. Se anuncia solemnemente que la justicia divina ha dictaminado la caída de la espada sobre los traidores que han osado desafiar nuestra autoridad y sembrar la discordia en nuestros dominios.

»En nombre de la ley y la rectitud, se ha decretado que los siguientes individuos, conocidos por su perfidia y su deslealtad, sean llevados ante el juicio del pueblo y enfrenten la ira de la justicia por medio de la espada:

»Xelandra, gobernadora de Rubán-el, quien conspiró para socavar la seguridad del reino.

»Koron temanita, delegado real, quien traicionó la confianza de su señor.

»Nimud ek'Nemoneh, arzobispo, quien conspiró para derrocar al legítimo gobierno de Argoth.

»Balzin ek'Ardeni, comandante, quien fue encontrado conspirando como espía contra el reino.

A Dina se le nubló la vista al escuchar el nombre de su tío Balzin. El gentío, al escuchar los nombres de los reos de muerte, comenzó a gritar en anticipación. Era una escena triste de vislumbrar. Acababan de recibir la noticia de la muerte de su reina, de un usurpador en el trono, y en lugar de rebelarse, de lanzarse a la plataforma para descuartizar al hechicero..., gritaban excitados por ver a cuatro personas morir. Dina quería pensar que la razón eran los literalmente cientos de soldados que vigilaban la explanada y parecían listos para tomar a cualquier disidente y subirlo a la plataforma de ejecución.

—*Dioses, no* —murmuró Dina—. ¡Tío!

Degoth la tomó por el brazo:

—Tranquila, Dina.

—¡Degoth! Tenemos que hacer algo. ¡Tienen a mi tío!

—Escucha, Dina. No hay nada que podamos hacer. Nada.

—¿Cómo que nada? —dijo ella llevándose la mano al pomo de la espada.

—¡Dina, escúchame! Te matarán. Nos matarán. No podemos rescatar a tu tío. Podemos vengarlo.

Su tío Balzin era un buen hombre. Excelente comandante, valiente soldado, defensor del reino. Fue él quien le dio la oportunidad de entrar al ejército, y quien le enseñó mucho de lo que sabía. Había sido un mentor, un segundo padre.

Dioses altísimos, voy a presenciar la ejecución de mi tío.

La gente rugió cuando trajeron a la plataforma a los cuatro encadenados.

EJECUCIÓN

DEGOTH JAMÁS PENSÓ que Nimud moriría así.

Prácticamente lo arrastraron por la plataforma hacia el tronco de ejecución, encadenado de pies y manos. Llevaba puesto un collar dorado pegado a la piel, probablemente algún tipo de reliquia que inhibía los poderes mágicos del arzoinquisidor. Tenía la cara hinchada y un ojo cerrado por los golpes.

Nimud había sido su enemigo por mucho tiempo, y Degoth siempre pensó que todo terminaría en un encuentro frente a frente. Desperdió la oportunidad de matarlo en el claustro. Pero ¿que muriera así, decapitado como un vil malhechor? No se lo merecía. No de esa manera. A Degoth le resultaba completamente anticlimático, y probablemente vergonzoso, muy vergonzoso, para Nimud.

Debí haberlo matado yo, pensó Degoth. Por lo menos le habría dado una muerte honorable.

No podía mas que preguntarse qué habría pensado el arzoinquisidor al enterarse que él, Degoth, era un practicante de la magia. Era una conversación que jamás tendría con el paladín iluminado. Le resultaba extraño, tristemente cómico, que eso fuera lo que le pasaba por la cabeza en ese momento, justo antes de la muerte del inquisidor: una conversación que nunca tendrían.

Koron, el delegado, caminó por su propio pie escoltado por dos soldados, aunque con la cara pálida. La gobernadora Xelandra —escoltada también—, para el deleite de la muchedumbre, gritaba juramentos y maldiciones, con la voz pastosa por el licor que se les permitía ingerir a los que estaban por morir.

Solo el comandante Balzin andaba con el pecho fuera y mirada en alto, soberbio, desafiante. Incluso los dos soldados que lo escoltaban lo hacían con cierta renuencia.

Degoth puso una mano sobre el hombro de Dina, quien temblaba e intentaba ocultar sus sollozos.

Maldita sea, pensó Degoth. Pudimos haber evitado todo esto. Fuimos lentos. La culpa es nuestra.

Cada uno de los reos fue puesto frente al tronco, y un sacerdote se acercó a ellos, uno por uno, para escuchar su última confesión. De acuerdo a la religión elemental, la absolución de sus pecados podía ser la diferencia entre ir a la infratierra o los Jardines.

Koron dijo algo, y el sacerdote puso su dedo índice de la mano derecha sobre la frente de este, en señal de absolución. Nimud se quedó en silencio. El sacerdote insistió, pero el inquisidor hizo un leve movimiento de la cabeza, en señal de negación. Pasó con la gobernadora, quien profirió maldiciones en contra de Mergante y la religión elemental, diciendo, por ejemplo, que el sacerdote supremo era el resultado de la relación sexual entre Torvos y Merne, lo cual se consideraba una blasfemia. Sin embargo, antes de que el sacerdote pasara a la siguiente persona, lo pensó mejor y dijo algunas palabras en voz baja. El sacerdote, reticente, la absolvió. Balzin, sin bajar la mirada, se confesó en voz alta:

—Libre soy de los pecados que se me imputan. Sin embargo, confieso mi lealtad a la diosa Merne, bendita por siempre, a quien entrego mi bienestar. Fui servidor de la legítima reina, y moriré el día de hoy defendiéndola. ¡Ese hombre que ocupa el trono es un usurpador y hechicero! —gritó mirando a ek’Koleth—. ¡Te maldigo por los dioses! ¡Pronto morirás, y serás

recibido por Orgoth-ün, en el lugar que te mereces!

—¡Si no confiesas tus pecados, no recibirás absolución!— respondió el sacerdote.

—Me entrego a la misericordia de Merne. Que los dioses decidan mi caso en el gran juicio.
¡Grande es Malbeth, reina de Argoth! ¡Que su memoria nunca perezca! ¡Que su honor sea vengado!

En algún lugar de la plaza, alguien gritó:

—¡Grande es Malbeth, reina de Argoth!

Otra persona respondió:

—¡Grande es Malbeth, reina de Argoth!

Más personas se unieron al coro. Unos cuantos al principio, pero el coro se repetía y cada vez más voces se unían.

En la plataforma, Lord Mergante se levantó:

—¡Ejecuten a los reos!

Inmediatamente varios soldados corrieron a la plataforma para ayudar a poner a los presos de rodillas y sujetarlos bien, con la mejilla derecha en el tronco, mirando de lado.

Los verdugos se pusieron en su lugar. Uno de ellos, el que estaba en extrema izquierda, levantó la espada, y los otros tres lo imitaron.

Quizás Mergante pensaba que la ejecución ahogaría el coro que celebraba a la reina, pero no fue así. Seguía creciendo, aunque también muchos otros gritaban maldiciones en contra de los prisioneros, y los más cercanos a la plataforma lanzaban piedras, fruta podrida, incluso heces, en dirección de los cuatro.

La primera espada descendió, seguida por las otras en rápida sucesión: *¡Pnap-pnap-pnap-pnap!*

Por alguna razón, la cabeza de la gobernadora rodó más que las otras y cayó de la plataforma. Un hombre la agarró y, gritando complacido, la lanzó al aire para que otros lo imitaran, el chorro de sangre que salía del cuello salpicando a los que quedaban en su paso. Los verdugos tomaron las otras tres cabezas y las levantaron. La boca de Nimud estaba abierta, los ojos desorbitados de terror, y las quijadas se movían un poco hacia abajo y hacia arriba, una grotesca mueca.

—*¡Grande es Malbeth, reina de Argoth! ¡Grande es Malbeth, reina de Argoth! ¡Grande es Malbeth, reina de Argoth!*

Se escuchó el sonido metálico del desenvainar de varias espadas.

—Vámonos de aquí —dijo Degoth—. Habrá una estampida.

Luego un grito, después otro, y desde la plataforma ordenó Mergante:

—¡Maten a cualquier disidente!

Los soldados, entonces, siguiendo la instrucción, arremetieron con espadas, lanzas y flechas contra la multitud.

MASACRE

LA TURBA CORRÍA en todas direcciones para evitar la muerte. No todos los ciudadanos iban desarmados. Algunos blandían cuchillos y dagas, palos, piedras, incluso unos pocos sacaron espadas, con las que se defendían.

Dina empuñaba espada, al igual que el guerrero dragón.

Un soldado se atravesó frente a ellos. Atacó, pero dos contra uno, no tenía oportunidad. Aunque iba completamente armado, con coraza y yelmo, en un descuido Degoth le metió el filo en el cuello.

—¿A la biblioteca? —preguntó Dina.

—¡Sí!

—¿Y los demás?

—No lo sé..., estarán bien.

—¡Quiera Merne!

Dina lanzó una mirada en dirección de la plataforma. Se alegró ver que los que habían estado allí sentados eran rápidamente escoltados fuera de allí, pues comenzaba a lloverles pedradas.

Había demasiada gente. Alguien la empujó por detrás, fuerte, y por poco le clava la espada al que la empujó, pero era uno que simplemente quería salir de allí con vida.

Repentinamente se vieron rodeados por cuatro soldados. Uno de ellos gritó:

—¡Rindan las armas, el rey lo ordena!

Ni siquiera respondieron. Simplemente atacaron. Aunque Dina le dio un buen espadazo a uno en las costillas, y a otro en el hombro, y el filo no atravesó ni la coraza ni las hombreras.

La ex-sargento maldijo entre dientes. Lamentaba no haber traído alguna ballesta pequeña para lanzar un dardo a los ojos. Desenvainó un cuchillo que llevaba en el cinto, para atacar y defenderse con dos aceros.

A su izquierda escuchó un grito de guerra.

Si son más enemigos, estamos perdidos.

Pero todo lo contrario: eran amigos. Su abuelo, Joneh-duné, con hacha en mano (de dónde la sacó, no sabía), y Tom el grande, el tabernero, con una pica que seguramente tomó de un soldado caído.

El hacha del herrero cayó sobre la cabeza de uno de los soldados, y aunque el filo no atravesó el yelmo, sí le hizo una buena abolladura que dejó completamente aturdido al soldado, el cual se desplomó en el suelo. Allí le clavó Dina la espada en el cuello.

Ella y su abuelo arremetieron contra un segundo. Joneh-duné era un hombre grande y musculoso debido a años de herrería, y un hachazo en el hombro le cortó el brazo al pobre soldado, quién soltó un alarido, pero no por mucho tiempo, pues Dina metió la punta de la espada por el visor.

Degoth ya había matado a su contrincante, y el cuarto se dio a la fuga, herido.

—¡Esto es una masacre! —exclamó el tabernero, mirando a su alrededor, a los cuerpos caídos de ciudadanos, casi todos completamente indefensos: ancianos, hombres, mujeres, niños.

—Salgamos de aquí si no queremos terminar entre los muertos —dijo el herrero.

Tomaron un callejón sin adoquinar que estaba vacío. Era tan angosto que corrieron en fila,

con Degoth al frente y Tom en la retaguardia.

Tom lanzó un alarido y varias maldiciones:

—¡Me dieron! ¡Los hijos de Shaigón me dieron! —Tenía una flecha enterrada en el hombro izquierdo, pero siguieron corriendo. Doblaron a la derecha y llegaron a una calle más ancha en la que huía mucha gente. No vieron a soldados, lo cual era buena señal.

—Por aquí —dijo Degoth apuntando a otro callejón.

—Degoth —dijo Joneh-duné—, ¿no es más rápido por acá?

—No —respondió Degoth.

Lo siguieron, por supuesto. Aunque Degoth era tisdita —nativo de Tisdeh, en el extremo suroeste—, conocía la capital del reino mejor que cualquier argotita.

Mientras avanzaban, las voces y los gritos menguaban.

Lo que acaba de suceder es presagio de lo que nos espera, pensó Dina. El nuevo supuesto rey, el hechicero usurpador, estaba dispuesto a hacer cualquier cosa para consolidar su poder. Si eso significaba matar a decenas de inocentes, así sería.

La sangre correrá por todo el reino si no hacemos algo.

Así como había corrido la sangre de su tío. Hizo lo posible por evitar ese pensamiento. Cuando la espada descendió sobre el cuello de Balzin, cerró los ojos. No pudo verlo. No quería que esa fuera la última imagen en su mente en relación con él. No, quería recordarlo con la valentía con la que subió al estrado, con la que demostró, por medio de sus palabras, que Argoth no se doblegaría tan fácilmente.

Ya tendría tiempo para lamentar. En ese momento lo que necesitaba era sobrevivir para poder vengarlo, así como dijo Degoth.

Vengaré su muerte, lo prometo por los dioses.

El plan de Degoth, ese plan «relativamente sencillo», había resultado no ser tan sencillo como pensaban. Querían ir reclutando más gente para formar un pequeño ejército de resistencia, pero todos en quienes podían confiar estaban ocultos y en constante movimiento. Otros, capturados y, en el peor de los casos, muertos.

No podían darse por vencidos. Al final, esta era su ciudad. Con todos sus defectos, incluso con las muchas deficiencias de la reina Malbeth, Argoth era un reino próspero. Un territorio de libertad. Es verdad que había muchas injusticias, pero para eso estaba el ejército, los guerreros dragón, la ley...

Todo eso cambiaría con Mergante. Ese hombre, más que un rey, era un emperador. Y si reclutaba a todos los hechiceros del reino, sedientos de venganza por años de represión, ¿quién podría detenerlos?

Nosotros. Lo detendremos, o moriremos en el intento, pensó.

Llegaron a la puertecilla de la biblioteca, donde los esperaba Ornef.

—¿Ya llegaron todos? —le preguntó Tom.

—No, faltan Rafel y el maestro Slepten.

—*Jorgot* —dijo Joneh-duné.

—No llegarán —dijo Degoth.

Esa no era buena señal. Aunque Dina no había tenido muchas conversaciones con Degoth sobre sus habilidades mágicas, sabía que recibía premoniciones; sin embargo, él mismo había dicho que no siempre se cumplían.

Se quedaron allí, vigilando la puerta, por casi dos horas. En ese tiempo atendieron la herida de Tom, que era significativa, pero sanaría. La lavaron bien, le pusieron ungüento y una venda.

—Iré a buscarlos —dijo Degoth. Sin decir más, y sin dar tiempo para que alguien más se

uniera a él, salió por la puerta y desapareció.

—Yo me quedaré aquí, vigilando —dijo el bibliotecario—. Ustedes vayan a mis aposentos, coman algo.

Reacios accedieron, con la esperanza de que pronto regresarían los tres faltantes.

Sin embargo, llegó la noche. Nadie estaba de vuelta, tampoco Degoth.

—Estarán bien, estarán bien —dijo Tom el grande, aunque más para sí mismo. Estaba acostado en un sillón, con los ojos cerrados.

—Llegarán pronto —murmuró Joneh-duné.

Pero no sucedió.

AGÜERO

DINA ESTABA ANSIOSA.

Muy ansiosa.

Habían pasado ya siete días y no sabían absolutamente nada ni de Degoth, ni del maestro, ni del alquimista.

La primeras dos noches fueron de lamento. Casi no pudo dormir, llorando del coraje por el cobarde asesinato de su tío. No le gustaba mostrar signos de debilidad, así que derramó sus lágrimas en la soledad de su habitación, sin lanzar los gritos que sentía atrapados en el pecho.

El tercer día su abuelo le dijo algo con mucha razón: Balzin querría que ella viviera para hacer algo al respecto. Balzin estuvo dispuesto a dar su vida por el reino, y ahora les tocaba a ellos.

Pasó varias horas respirando profundamente y meditando, para regresar su cuerpo y su espíritu al presente, a la realidad en la que ahora estaban.

Tenía la esperanza que, en cualquier momento, llegaría Degoth con los demás.

¿*Estarán muertos?*, se preguntaba. Si cualquiera de los tres había perdido la vida sería un tremendo golpe para la resistencia. Si es que podía llamarse *resistencia* a ese triste y diminuto grupo. Después de todo, Degoth, Slepten, y Rafel eran pilares en este pequeño movimiento. ¿Qué harían si uno había perdido la vida? ¿O dos? ¿O los tres?

Forge shelta, maldijo.

Ella se había aventurado afuera, ignorando las protestas de su abuelo, para buscar a los desaparecidos. Pero no los encontró.

Lo que sí es que se enteró del resultado de lo sucedido en la plaza principal. Por supuesto, no había cifras oficiales. Pero se decía que casi quinientos muertos. Dina quería acercarse al lugar, pero estaba fuertemente resguardado. Según le dijo un supuesto testigo ocular, seguían limpiando la sangre y olía a carne en descomposición. Amontonaban los cadáveres y les prendían fuego.

Regresó a la biblioteca antes del toque de queda.

Su abuelo, sentado ante el fuego, leía un libro al que no había pasado la página en mucho tiempo. Tom se retiró a dormir. Ornef bebía vino y tarareaba una canción triste.

Dina se sentó en una silla, pero se puso de pie de nuevo. Daba círculos por el salón.

—Tranquila, Dina. De nada sirve estar preocupada —le dijo Joneh-duné.

—No puedo estar tranquila, abuelo.

—No lograrás que regresen dando vueltas por el cuarto.

—¿Dónde pueden estar? Y ¿por qué no han enviado algún tipo de mensaje? Una paloma, por lo menos.

—No lo sé. Tendrán alguna razón.

La razón puede ser que están sin vida, o apresados, pensó. Si estaban en algún calabozo, tenían que enterarse y hacer un plan de liberación.

—¿Has revisado hoy las palomas? —le preguntó al bibliotecario.

—Sí..., pero iré de nuevo. No está de más.

Ornef se retiró. Dina se acomodó en uno de los sillones. Cerró los ojos para descansar, pero por la mente le corrían los pensamientos.

Tiempo después, regresó el bibliotecario.

—Llegaron tres mensajes —dijo.

—¿Se puede saber algo sobre ellos, o son confidenciales? —pregunto Joneh-duné, siempre respetuoso.

—Son confidenciales, pero no para ustedes. El primer mensaje es sobre el funeral de la reina. Al parecer están comenzando los preparativos, pero sin mucha prisa. De hecho, me sorprende que vayan a hacer un funeral, pero aparentemente lo harán para apaciguar a la ciudad, que amaba a su reina. El segundo es en relación con el ejército de Argoth. Tengo varios espías allí. Aparentemente el ejército argotita está preparándose para salir pronto, posiblemente en los próximos días, y comenzar la marcha en dirección sureste, hacia el valle de Morián.

—*Jorgot* —dijo el herrero.

—Envié una paloma a Gabá, para que estén enterados y se preparen.

—¿Y qué piensas tú? —preguntó Dina—. ¿Puede Gabá resistir?

El bibliotecario se quedó pensativo por un momento. Chascó la lengua y respondió:

—Sí. Creo que puede. Conocen mucho mejor el valle, y tienen la ventaja táctica de saber por dónde vendrá el enemigo y con cuántos. Estoy seguro que intentarán desestabilizar la marcha con ataques pequeños, estratégicos, antes de que lleguen a Morián.

—Ataques de guerrilla —afirmó Dina.

—Así es —dijo Ornef.

—Además de eso —mencionó el herrero—, las murallas de Gabá son masivas. No tan grandes como las nuestras, pero no será fácil penetrar en la ciudad. El sitio puede durar meses.

—Y en ese tiempo otras ciudades o aldeas podrían unirse a la guerra del lado de los gabanos —dijo Ornef.

—Probablemente es eso lo que quiere evitar Mergante —terció Dina—. Por eso se apresura a atacar.

El bibliotecario se sirvió más vino, agitó la copa, le dio un sorbo.

—Este es un buen vino —dijo—. Por los dioses que sí.

—¿Y el tercer mensaje? —preguntó la ex-sargento con un poco de impaciencia.

—El tercer mensaje tiene que ver con la ciudad.

—¿Argoth? —preguntó Joneh-duné.

—Sí, con Argoth. Aparentemente lo sucedido en la plaza es del conocimiento ya de todos los ciudadanos. Y la noticia no ha caído bien. Nada, nada bien. Ya comienzan los rumores de un levantamiento.

El herrero se acomodó en la silla de madera, que crujió.

—¿Sí? —dijo arqueando sus pobladas cejas—. ¿Una rebelión?

—Todavía no estoy seguro. Tendremos que investigar más. Pero al parecer..., un general ha desertado, y con él un grupo de soldados. Eso es, según me dicen, al norte. Hacia el sur de la ciudad, aparentemente, el barrio de los ladrones está con planes de rebelarse, también.

—¡La ciudad se levanta! —dijo Dina. Eso la llenaba de alegría. Argoth no se doblegaría tan rápido, después de todo.

—Eso parece. Y si es así, me pregunto si Mergante enviará sus tropas fuera de la ciudad, o si pospondrá la marcha para afianzarse en la ciudad.

El barrio de los ladrones no estaba lejos de la biblioteca, como a media legua. Era ese sector de la ciudad que incluso los soldados evitaban. Se ganó su apodo años atrás puesto que, al ser uno de los barrios más pobres, era bien sabido que allí vivían muchos de los ladrones. Dina, sin embargo, varias veces se aventuró adentro y encontró a personas placenteras que la trataron muy

bien. Por supuesto, iba vestida de civil y, la última ocasión, acompañada por Degoth.

El guerrero dragón le presentó a Ibán-ael, quien era una de las matriarcas con más influencia en el barrio. Ella nunca lo admitiría, pero era la líder de los Calaveras, grupo criminal que principalmente se dedicaba al tráfico de tabaco y alcohol, y al robo de casas, especialmente de ciudadanos de clase media.

—Iré al barrio de los ladrones para hablar con Ibán-ael —dijo Dina.

Hubo un silencio.

—¿Para qué? —preguntó su abuelo.

—Quizás ella sepa el paradero de Degoth, del maestro o de...

—¿Y ella por qué sabría? —la interrumpió su abuelo.

—Porque tiene informantes por todos lados. Quizá alguno de ellos los vio. Además, me gustaría estar al tanto de la rebelión en la ciudad.

—Con todo respeto, sargento... —dijo Ornef.

—Ex-sargento.

—Sí, eh, con todo respeto, Dina, salir de aquí es ya de por sí peligroso. Pero ir al barrio de los ladrones, todavía más. Estoy seguro estará bajo vigilancia. Podrías ser atrapada y nunca nos enteraríamos.

—La otra opción es quedarme aquí. Pero prefiero hacer algo. Incluso si no me dan información, valdrá la pena. Podré ver lo que está pasando allá, te paso el informe, y tú podrás a su vez comunicarlo a otras personas.

El bibliotecario se quedó pensando:

—Admito que esa información sería valiosa.

Joneh-duné se puso de pie:

—Dina, piénsalo bien. Piensa en el peligro.

—Abuelo. Estamos viviendo en tiempos peligrosos. No podemos evitar el peligro. Tenemos que enfrentarlo. Además, no me atraparán. No lo permitiré. Te lo prometo.

Una promesa que no puedo realmente asegurar, solo intentar cumplirla, pensó.

—Iré contigo, entonces.

—De ninguna manera.

—¿Por qué no!

—Porque tendré que deslizarme por la noche. Abuelo, por favor no te ofendas, pero no podrás seguirme el paso.

El herrero frunció el ceño:

—¿Me estás diciendo anciano?

—¿Cuántos años tienes, abuelo?

—¡No responderé a esa insolente pregunta! —dijo cruzándose de hombros.

Dina sonrió.

—Iré sola. He hecho cosas mucho más peligrosas. Lo sabes bien. Estaré de regreso antes de que salga el sol.

Los hombros de Joneh-duné se encorvaron al darse cuenta que no podría hacerla desistir.

El bibliotecario le dio a la ex-sargento carne seca y un pedazo de queso envueltos en una tela, «Por si llegas a tener hambre».

Dina se despidió del bibliotecario y después de su abuelo. Pero no dijo adiós con un abrazo, porque no quería dar la impresión de que se despedía. Sería de mal agüero.

Salió a la oscuridad de la noche.

CINCO

DINA SE DETUVO en las sombras para dejar que pasara una guardia de cuatro.

Ornef tenía razón. El barrio de los ladrones estaba bajo intensa vigilancia. Mientras más se acercaba, más difícil era evitar a los soldados, algunos de ellos de pie en las esquinas, y otros marchando en grupos de cuatro, de seis, de ocho.

Tendría que cambiar de estrategia si quería llegar a su destino. Imposible continuar por las calles. Habría que hacerlo por los techos. No eran casas, sino más bien edificios habitacionales en donde vivían atiborradas las personas. Algunos de los edificios eran de tres pisos, algunos de cuatro, la mayoría de dos. Subió uno de ellos empujándose a una teja que cubría una entrada, de allí escaló por los ladrillos, llegó a una ventana, usó el alféizar para de allí saltar, tomándose de la franja de borde, para alzarse hacia el techo. Era de teja muy vieja y con inclinación, así que anduvo con cuidado de no resbalarse y caer a una fractura segura.

Saltó sobre un techo, luego un segundo, y mientras corría silenciosamente por el tercero, se detuvo de bruces al ver dos sombras delante de ella.

Por fortuna, le daban la espalda. La luz de la luna era suficiente para hacerle ver que eran un par de soldados, arqueros, que vigilaban desde la altura.

Tenía sentido. Habría vigías, así que no podía moverse con libertad, sino con mucha cautela.

Haciendo el menor ruido posible tomó una desviación saltando hacia un techo a la izquierda, otra vez a la izquierda, y de nuevo a la derecha en dirección al barrio.

Se encontró con un vigilante, pero era solamente uno. Se le presentaba un problema. Si quería avanzar, tenía que pasar por donde estaba el soldado. El techo a la izquierda se encontraba muy lejos, y el de la derecha muy arriba. Podía descender, andar por el callejón, y volver a subir. Le tomaría mucho tiempo. En lugar de eso, sacó su daga. Se acercó al soldado por detrás y lo degolló.

Tiempos de guerra, pensó. No pudo evitar sentirse culpable, porque no hace mucho tiempo ella había sido parte del ejército de Argoth. Allí estaba ahora, de noche, cometiendo un acto de traición de tal grado que indudablemente enviaría su cabeza a la sentencia de muerte. Eso, por supuesto, si la capturaban, y si había testigos de su crimen.

Pero la realidad era que el nuevo rey declaró la guerra sobre los ciudadanos de Argoth. Y ella era del bando ciudadano.

Saltando de un techo a otro, pensó en cómo su vida había tomado un giro, uno tan inesperado como el golpe de Estado. Siempre imaginó que su futuro era en el ejército, pasando de sargento a capitán, a comandante, a mayor y, ¿por qué no?, a teniente. No tenía aspiraciones a ser general porque consideraba que para llegar a ese puesto se necesitaba algún tipo de «palanca».

Todo cambió cuando conoció a Degoth ek'Degoth tisdit, el guerrero dragón que perseguía hechiceros siendo él uno.

Ese sí que es un giro, pensó.

Si no se equivocaba, estaba por llegar al barrio de los ladrones. Fue allí cuando sucedió. Repentinamente tenía dos soldados enfrente de ella, uno apuntándola con una ballesta, el otro con lanza en mano.

Dina se detuvo.

—¡Alto, en nombre del rey! —dijo el ballestero, su grito rompiendo el silencio de la noche.

Los dos enemigos estaban a suficiente distancia como para considerar simplemente huir. Sí, la luna iluminaba la noche, pero bendito sean los dioses en ese momento pasaba una nube frente a ella, por lo cual podría moverse con rapidez y, si los dioses seguían favoreciéndola, la flecha no daría su marca.

Antes de poder decidir, de las sombras salieron otros dos soldados, detrás de ella, uno ligeramente a su derecha, otro a su izquierda. Es decir, la habían rodeado. Y lo peor es que los dos tenían arco.

Maldita sea, escaparse de tres flechas no resultaba tan sencillo, incluso en la oscuridad.

—No te muevas, ladrón —dijo de nuevo el ballestero—, o te llenamos de flechas.

Sin desenvainar, Dina levantó ambas manos:

—Tranquilos. Tranquilos. Solo estoy perdida.

El soldado lanzó una carcajada seca:

—Claro, sin duda; perdida. ¡No te muevas, dije!

Quizás, solo quizás, si los distraía lo suficiente, lograría escaparse. Pero los cuatro daban pasos precavidos hacia ella, acortando la distancia.

Los vellos de su cuerpo se le pusieron de punta al darse cuenta que, probablemente, estaba perdida. De nuevo, el bibliotecario acertó. La capturarían, y no podría avisarles.

Maldito seas, Ornef, pensó.

El de la ballesta estaba a tres pasos cuando tosió. Una flecha se le había incrustado en medio de la clavícula. Dina pensó que uno de los arqueros disparó sin querer y, en lugar de darle a ella en la espalda, hirió al ballestero.

Pero estaba equivocada, porque de las sombras salieron tres, cuatro..., no, cinco hombres. Al soldado de la lanza le partieron el cráneo de un hachazo, al arquero a su derecha le clavarón una daga en los riñones, y al último, que logró tirar la flecha que se perdió en la noche, lo llenaron de cuchilladas entre dos.

Sucedió tan rápido que Dina seguía con las manos en alto.

Uno de los hombres limpió su daga en el faldón de uno de los caídos. Se acercó a ella. Era bien parecido, alto y con barba corta, negra, y ojos que relucían a la luz de la luna que de nuevo se asomaba. Dijo:

—No eres uno de los nuestros. Explícate pronto, o terminarás como ellos.

—Mi nombre es Dina ek'Ordeh.

—¿Qué haces aquí, Dina ek'Ordeh, en una noche como esta?

—Estoy buscando a Ibán-ael.

—No la conozco —respondió el otro, demasiado rápido.

—Yo sí —dijo ella—. No hace mucho que la visité junto con Degoth ek'Degoth, el guerrero dragón.

El hombre se quedó en silencio.

—¿Qué tienes que ver con Degoth?

—Hemos sido compañeros. Estoy buscándolo, de hecho.

—¿Y piensas encontrarlo aquí? ¿En el barrio?

—Esperaba hallar algo de información.

El hombre lo pensó unos momentos, mirándola con intensidad. Finalmente habló:

—Está bien. Sígueme. —Luego a sus hombres—: Luguémonos de aquí.

TÚNELES

IBÁN-AEL ERA una mujer impresionante. Llevaba el cabello —de color rojo furioso— en dos grandes trenzas que le descendían sobre el pecho. Era por lo menos un codo¹ más alta que Dina, con unos brazos musculosos. Una mujer gruesa, pero de un semblante que reflejaba la belleza de su juventud. Ojos violeta, mejillas llenas de pecas, y una profunda cicatriz en la comisura izquierda de sus labios carnosos hacían que enseñara un colmillo. Daba la impresión que, si la hacías enojar, te partiría en dos como a una rama seca.

—Dina ek’Ordeh —dijo Ibán-ael, como declarando un hecho. No parecía feliz de verla, ni molesta. Estaba sentada en una silla de madera cubierta de pieles que parecía un trono.

Para llegar a ella le vendaron los ojos. Estaban en una habitación grande, oscura y húmeda. *Debajo de la ciudad*, pensó la ex-sargento.

—Es un gusto volver a verte, Ibán-ael.

—La última vez que estuviste aquí, eras parte del ejército de Argoth.

Unas veinte personas, todas armadas, vigilaban a la ex-sargento. Algunas de pie, otras sentadas, tanto hombres como mujeres, bien armadas. Dichas personas se movieron inquietas al escuchar lo que dijo la matriarca.

—Tienes razón. Pero muchas cosas han cambiado desde la última vez que estuve aquí. No solo he sido expulsada del ejército, sino que soy una de las mujeres más buscadas en el reino. Honor que comparto contigo.

La matriarca esbozó, muy apenas, una sonrisa.

—He visto tus pósters por la ciudad —dijo Ibán-ael—. Siempre es un gusto ver a una mujer dibujada en esos anuncios.

Al decir eso, todos en el salón se relajaron.

—Lo único que me decepciona —dijo Dina—, es que ofrezcan tan poco dinero por mi cabeza.

Se escucharon risillas.

—Pues bien, Dina ek’Ordeh —dijo Ibán-ael—. Estamos en tiempos difíciles. Por lo tanto, mi tiempo es limitado. ¿Qué puedo hacer por ti?

—Estoy buscando a tres personas. A Degoth tisdita, al maestro Slepten, y a Rafel el alquimista.

—¿Perdidos?

—No sé si están perdidos, pero no sabemos nada de ellos.

—Dices *sabemos*, en plural. ¿A quiénes te refieres?

—Ornef, Tom el grande, y Joneh-duné, el herrero.

—¿Siguen refugiados en la biblioteca?

—Sí —contesto Dina, no tan extrañada de que supiera dónde estaban escondidos—. Sé que tienes una red de informantes por toda la ciudad, al igual que Ornef. Pero no hemos recibido mensaje alguno. Queremos saber si están vivos o..., o muertos.

—Están vivos —dijo Ibán-ael.

Dina sintió en su corazón un golpe de alegría.

—Pero no están aquí. *Estuvieron* aquí hace una semana.

Después de la masacre —narró la matriarca—, Slepten y Rafel fueron capturados por una guardia de soldados. Por fortuna, Ibán-ael y cinco de los suyos fueron testigos de lo sucedido, y en el momento oportuno, antes de que llegaran al castillo, atacaron y salvaron al maestro guerrero y al alquimista. Fueron ayudados en el rescate por Degoth quien apareció de repente, como por arte de agorería. El camino hacia la biblioteca, para entonces, estaba repleto de soldados, así que se desviaron en dirección del barrio, llegando por medio de los túneles laberínticos que recorrían las entrañas de Argoth.

Allí celebraron una especie de consejo de guerra, y se decidió que, para vencer al hechicero, debían usar todas las reliquias que tuvieran a la mano. Ibán-ael tenía tres en su posesión, y Rafel habló de otras cuatro escondidas en un mismo lugar, en una cueva de la ladera sureste, cerca de la «torre triste de la guardia vieja». Hace seis días, Degoth, Slepten, Rafel, y tres de sus mejores guerreros, fueron a la cueva. Después de eso irían a la biblioteca, para encontrarse con Dina y los demás.

—Pero no han regresado —dijo la ex-sargento, pensativa. Con esa información entendía mejor el plan que siguió Degoth. Le molestaba un poco que no la buscaran antes de salir en la misión. En definitiva, tener reliquias podía ser la clave para luchar contra Mergante y los suyos. Dina lo sabía bien. Uno de sus grandes secretos era la reliquia que pendía de su cuello, la cual obtuvo en las tierras distantes, más allá de la isla Nureph, en el gran mar. Reliquia, por cierto, que todavía no aprendía a usar bien, y la última vez por poco le quita la vida.

—Regresarán —dijo la lideresa—. Estoy segura. Iré contigo.

—¿A la biblioteca?

—Sí. Allí los esperaremos, y llevaremos acabo la segunda fase del plan: el ataque.

Era la tercera vigilia de la noche² cuando partieron hacia la biblioteca, pero no por las calles, sino por los túneles. Ibán-ael lideraba, seguida por Dina, y en la retaguardia el guapo de la barba negra, de nombre Misairám.

Andaban deprisa, los tres con lámpara en mano. La ex-sargento confiaba en la dirección de la matriarca, porque Dina no tenía ni idea por dónde iban, mucho menos cómo se ubicaba en esos cavernosos túneles. La lideresa no consultó mapa alguno. Asumía que, de tanto usarlos, los conocía igual de bien que las calles citadinas.

Era bien sabido que numerosos túneles zigzagueaban por debajo de la gran ciudad, asentada sobre una colina rocosa. En múltiples puntos de la ciudad se hallaba acceso a los corredores por medio de las entradas a las cavernas. Además, cientos de años atrás, los reyes mandaron crear túneles por diversos motivos, para poder escapar, entrar y salir sin ser vistos, e incluso mover al ejército por debajo de las calles.

Pero el ciudadano promedio de Argoth jamás entraría a los túneles por miedo de toparse con algún monstruo, o peor aun, verse de frente con algún espectro guardián de las entradas a la infratierra.

En una aventura anterior Dina se introdujo en los túneles junto con el guerrero dragón, y a decir verdad, la experiencia no fue la más placentera, pues por poco perecieron.

Aunque, si era sincera, «perder la vida» comenzaba a convertirse en el estándar, en lo normal. Lo fuera de lo común sería estar a salvo.

Por la voluntad de Merne sigo viva, y seguiré viva.

Ibán-ael se detuvo, con la mano en alto. Miró a Dina. La matriarca puso el dedo índice sobre

sus labios. Luego en voz muy baja:

—Gorgots.

A Dina se le erizó la piel.

Con los mantos cubrieron las lámparas, y los abrazó la oscuridad.

El ejército argotita mantenía que los gorgots, esos monstruos loboides de ojos rojos y filosas garras, habían sido erradicados del «círculo» años atrás. Por cientos de años no se había visto uno merodeando las calles de la ciudadela.

Pero la ex-sargento sabía, a ciencia cierta, que eso no era del todo verdad. Los monstruos anidaban en el interior de la colina de Argoth, y se preguntaba si aguardaban el día para regresar a la superficie.

Los escuchó, entonces: el gruñir ronco de una jauría de perros salvajes. Después, como a un tiro de piedra, brillaron varios pares de ojos rojos.

Forje shelta, pensó. Deben ser unos cincuenta, o más. Si nos ven, o nos huelen, estamos muertos.

Al ser loboides, los gorgots tenían buen olfato. Aunque Dina escapó varias veces de los monstruos, no le agradaba la idea de tener que, una vez más, salvar su pellejo de ser desgarrado por esos perros.

Además, no tenía mapa, y estaban en completa oscuridad. Si se perdía, podía morir; si no devorada, sí perdida, sucumbiendo lentamente al hambre y sed.

Los gorgots tenían prisa. Pronto se perdieron en la oscuridad.

—Estamos cerca —susurró Ibán-ael un par de minutos después, cuando estaban seguros de estar solos.

Tenía razón. Menos de cinco minutos después, doblaron a la derecha, luego a la izquierda hasta llegar a un túnel sin salida que terminaba en una pared rocosa. La lideresa escaló la pared usando unos agujeros hechos por mano humana.

Ascendieron hasta llegar a un desagüe con reja que se removía con facilidad. Salieron y fueron recibidos por un cielo semi-nublado.

De allí continuaron a pie. Llegaron pronto a la puerta lateral de la biblioteca. A lo lejos se escuchaban gritos, y aunque no lo distinguían bien, sonaba a gritos de batalla.

Quizás ha comenzado. Se comienza a levantar la ciudad.

Ibán-ael jaló el cordón de la campanilla, fuerte, constantemente, casi desesperadamente.

Lo soltó y dijo:

—No me gusta lo que escucho. Suena cerca.

—Posiblemente tendremos que apurar los planes —dijo Misrairám.

La matriarca maldijo, una blasfemia larga y creativa que incluso hizo a Dina sonrojarse, cosa que no sucedía con frecuencia.

La puerta se abrió. Una sombra dijo:

—¡Por el Creador! Pensé que estabas muerta.

Era Degoth.

—¡Entren, rápido! —dijo el dragón.

PUERTA

DINA QUERÍA PREGUNTARLE a Degoth dónde rayos había estado los últimos días. El guerrero dragón, sin embargo, no les dio tiempo de decir nada, pues habiendo cerrado la puerta, y con una señal de la mano, se alejó de allí apresurado.

Lo siguieron.

Algo está pasando. Algo malo.

Llegaron hasta la sala de estar.

—¡Maldita sea, Dina! —dijo Joneh-duné al verla, la cara roja—. ¡Pensé que, que estabas..., maldita sea!

Alrededor de la mesa, en la cual reposaba un mapa de la ciudad, estaba su abuelo Joneh-duné, Rafel el alquimista, Tom el grande, y Slepten. Solo Ornef se ausentaba.

—Bienvenida, lideresa —le dijo Slepten a Ibán-ael.

Ella respondió con una inclinación de la cabeza, apuntó al de la barba negra y dijo:

—Él es Misrairám, capitán de mis escuadrones.

—Agradecemos mucho los tres guerreros que nos prestaste —continuó el maestro Slepten—. Hace menos de media hora que salieron de aquí, de regreso al barrio.

Se acercaron a la mesa. El mapa de la ciudad tenía fichas azules esparcidas por aquí y por allá, y fichas rojas, en menor cantidad, colocadas en diversos puntos. Dina comprendió inmediatamente que las azules representaban el ejército argotita, y las rojas la rebelión.

Dina apuntó a las fichas rojas al norte del castillo:

—¿Estas representan al general que desertó?

—Sí —dijo Rafel—. Jarepte, el alto general tercero, fue quien abjuró.

—Por los dioses —dijo la ex-sargento—. No lo puedo creer. Bien por él.

—Unos dos mil soldados lo siguen —dijo Ornef—. No son muchos, pero suficientes.

—Estas fichas somos nosotros, ¿cierto? Mi gente —dijo Ibán-ael.

—Sí —afirmó el maestro Slepten, su cara envuelta en el humo de su pipa.

—Somos quinientos —continuó ella—. Buenos guerreros. Cada uno pelea por tres soldados argotitas bastardos de Egat-arba.

Dina se estremeció a la escuchar la referencia a la princesa de la muerte.

—Argot tiene unos quince mil soldados, pero no todos están en la ciudad —dijo Rafel—. Algunos acampan hacia el sur, fuera de la muralla. Otros resguardan las grandes ciudades. Dentro de la ciudad, unos siete mil.

—¿Green que Mergante mande traer al resto? —preguntó su abuelo.

—No —dijo Degoth—. Intentará aplastar la rebelión lo más rápido que pueda, para ir a luchar contra Gabá.

—Entonces son siete mil contra dos mil quinientos —dijo Dina.

—Aproximadamente —afirmó Degoth—, pero pelear en las angostas calles de la ciudad no es lo mismo que en campo abierto. Con una buena estrategia podemos derrotar al hechicero.

—Además —agregó el maestro Slepten—, no dudo que algunos ciudadanos se agreguen a la pelea por la ciudad.

—Que así sea —dijo Dina—. Y ¿qué representan estas fichas moradas? —agregó, apuntando

a un puñado de cuatro fichas justo frente al castillo.

Se hizo un silencio en la habitación.

—Son los hechiceros, Dina —dijo Degoth, serio.

—¿Los hechiceros? ¿De qué hablas?

—Desde hace tres días se juntan hechiceros en un campamento que levantaron frente al castillo. De alguna manera Mergante los ha reclutado. No sabemos exactamente cómo.

—Seguramente estaban esperando el tiempo —dijo Slepten—. Mergante ha planeado su resurgencia con años. Esta es la parte culminante de su programa.

—De hecho —dijo Rafel—, han comenzado a ejecutar personas desde el día de ayer. Iluminados, sobre todo. Los llevan a la mitad del campamento y les prenden fuego con sus poderes mágicos.

—Dioses —dijo Dina—. ¿Cuántos hechiceros son?

—Contamos unos cien —respondió Degoth—. Ciento cincuenta por mucho.

—Que los dioses tengan misericordia —dijo Ibán-ael—. No podremos luchar contra un contingente de más de un centenar de hechiceros. Necesitaremos poderosas reliquias. Nosotros tenemos unas cuantas, de protección. No estoy segura si serán suficientes.

—¿Y qué de los guerreros dragón? —preguntó Dina.

El maestro Slepten se rascó la mejilla:

—Hemos sido perseguidos, capturados y asesinados. Pero no todos. Algunos todavía quedan vivos, repartidos por el reino. Envié una llamada de auxilio para que vengan lo más pronto posible.

—¿Vendrán? —preguntó de nuevo la ex-sargento.

—Sí —afirmó Degoth—. Vienen en camino. Si el Patriarca nos favorece, llegarán muy pronto. Además, tenemos un arma secreta —agregó, mirando al alquimista.

El viejo sabio metió la mano a su bolsón y puso en la mesa cuatro anillos. Uno rojo, uno azul, uno celeste, y otro marrón.

Dina jadeó, sorprendida. Ibán-ael se sobresaltó. Misrairám maldijo.

—¿Esos son... —dijo Ibán-ael—, son los anillos elementales?

—Sí —replicó el alquimista, sin más.

—Pero son un mito —dijo Dina.

—Han estado perdidos por siglos —dijo Ibán-ael

—Perdidos, no —contestó el alquimista—. Guardados. Muy bien guardados. En las entrañas de Argoth.

—Me dijeron que buscarían unas reliquias —dijo la lideresa—, pero no me imaginé que unas tan poderosas. Si es que esos anillos hacen lo que las leyendas dicen que son capaces de hacer.

—Los son —dijo Rafel.

Por supuesto que Dina había oído la leyenda de los anillos elementales. Cuatro anillos, forjados miles de años atrás, cuyos orígenes eran un misterio y frecuente debate de los sabios y entendidos. Cada anillo representaba uno de los elementos: fuego, agua, viento, tierra. El portador recibía la capacidad de controlar su elemento. Lo que Dina no sabía era si ese poder se adquiriría de manera indefinida, o no. Si tuviera que adivinar, diría que en manos de una persona sin entrenamiento, podía resultar en su muerte.

—¿Quién los portará? —preguntó Ibán-ael, sus ojos brillando, sin poder dejar de ver los cuatro aros metálicos.

—Ya lo decidiremos —dijo el alquimista tomándolos y guardándolos—. Se deben usar con mucho cuidado, pues agotan la energía interna con rapidez, y más de uno ha terminado muerto

antes de poder siquiera usarlo.

—Lideresa —dijo Degoth—. Tendremos que comenzar la defensa de la ciudad mucho más rápido de lo que pensábamos. El hechicero comenzó a mover sus tropas, algunas hacia el norte, algunas en nuestra dirección.

—Pudimos escucharlos, cerca de aquí —dijo Dina.

—Entonces el tiempo apremia más de lo que quisiéramos —dijo el guerrero dragón—. No hemos logrado buena coordinación con el alto general tercero, excepto mensajes por palomas. Probablemente lo mejor sea salir a las calles y apretar en dirección del castillo.

—Mis tropas están listas —dijo Ibán-ael—. Están esperando mis órdenes.

—¿Podrían salir a pelear hoy mismo? —preguntó Rafel el alquimista.

—Hoy mismo —respondió ella.

—Tendremos que hacer eso que dice Degoth —dijo el maestro apuntando el mapa con la palma abierta—. Jarepte resiste en el norte, nosotros nos acercamos por el sur y, de ser posible, atacamos la retaguardia argotita.

—Incluso podríamos embestir el castillo —dijo Tom—. Eso los pondrá nerviosos.

—Con quinientos me parece difícil —dijo Degoth—. No imposible. Pero necesitamos más. La puerta se abrió de golpe. Entró Ornef, jadeando y con los ojos aterrados.

—¿Qué pasa, Ornef? —preguntó Degoth.

—Han entrado. No estoy seguro cómo, no los vi desde la torre. ¡Se escabulleron! Pero han entrado a la biblioteca.

—¿Quiénes? —preguntó Joneh-duné.

—Un escuadrón del ejército. Varios escuadrones, más bien. ¡Debemos salir de aquí... ya!

—Pero ¿y las salidas? ¿Tendremos paso? —preguntó el maestro.

—No lo sé. Intentemos salir por la lateral. De lo contrario, usaremos uno de los pasadizos. La salida lateral es más rápido.

—Vamos, entonces, antes de que nos arrinconen aquí adentro —dijo el maestro Slepten.

Era claro que no había tiempo de nada. Rafel dobló el mapa varias veces y lo guardó en sus túnicas. Todos traían algún arma al cinto, ya sea espada o daga. Cada quién tomó alguna fuente de luz, antorcha, lámpara, candelero.

A Dina le pareció algo cómico, aunque cómico de una manera irónica, que tan solo minutos antes corría por esos pasillos siguiendo a Degoth hacia adentro de la biblioteca, y ahora corría de nuevo, también siguiendo a Degoth, pero a salir de la biblioteca.

Andaban en fila, con Ornef al frente, luego Degoth, luego ella, luego los demás en algún orden que no verificó.

Llegaron hasta la puerta de salida. El bibliotecario hizo una pausa. Descorrió el visor, y echó un vistazo.

—No se ve nada, no se ve nadie —murmuró.

Abrió un par de candados, luego la puerta, con cuidado. Tanto Degoth como Dina acariciaron el pomo de sus armas.

El bibliotecario dio un paso hacia afuera, inspeccionando el callejón. Se dio la vuelta y anunció:

—Todo libre.

Gruñó. Una mueca de dolor se dibujó en su rostro, y se desplomó hacia el frente. Degoth lo alcanzó antes de que se estrellara de cara en el piso.

Tenía tres flechas protuberando de la espalda.

—¡Dina! —gritó Degoth—. ¡Cierra la puer—!

Demasiado tarde. En el marco de la puerta estaban ya varios soldados, armados de pies a cabeza, quienes gritando, entraron.

PORTADORES

DINA DESENVAINÓ JUSTO a tiempo para evitar que le cortaran la cabeza de un tajo.

De reojo vio que Degoth tuvo que dejar caer al bibliotecario para dar un par de saltos largos hacia atrás y tener tiempo para sacar su arma y defenderse. De lo contrario habría sido emboscado por tres o cuatro.

Ornef, moribundo, musitando algo que Dina no escuchó, trató de incorporarse, poniéndose de rodillas. Un soldado se acercó y le clavó una lanza en la nuca. El bibliotecario se desplomó y dejó de moverse.

Dina gritó de impotencia. Su contrincante aprovechó su distracción para montar un salvaje ataque con espada y escudo. El soldado tenía armadura completa, incluyendo un escudo rectangular que le cubría el pecho y los muslos. Pero en lugar de yelmo traía casco para ver mejor en la penumbra. Ese era su punto débil, y lo sabía, pues cuidaba bien su rostro detrás del escudo, asomando solo los ojos.

¿Cuántos soldados eran? No sabía, pero seguían entrando por la puerta. Nueve, diez, once..., *dioses*.

Varias flechas volaron, Dina oyó dos zumbas cerca de su rostro, y detrás de ella un grito de dolor que no supo reconocer a quién le pertenecía. Alrededor de ella los bramidos de combate y los sonidos metálicos del chocar de las espadas, las chispas saltando de los aceros al encontrarse.

Su enemigo le gritó algo, pero no lo distinguió. alguna blasfemia, alguna promesa de lo que le haría si la desarmaba.

Dina estaba más que acostumbrada a esta estúpida táctica de los hombres. Casi sin excepción, cuando estaba en algún combate, los hombres recurrían a comentarios misóginos y de intimidación sexual. Como si eso la intimidara. Como si eso no la tuviera harta hasta el cansancio. Como si no fuera un cliché burdo. Lo único que provocaba en ella, y en todas las mujeres guerreras que conocía, era un deseo todavía más fuerte de cortarles la garganta. ¿Intimidación? Por los dioses que no.

El hombre levantó la espada para hacerla descender verticalmente sobre ella. Dina se agachó y deslizó la punta de la espada por debajo del borde del escudo, acuchillándole el pie derecho. Gritando de dolor, el soldado soltó el escudo para llevarse la mano izquierda a la herida, y la ex-sargento aprovechó para rebanarle el cuello.

—¡Retirada! —gritó el alquimista.

Era lo más sensato. Retrocedieron por donde habían venido. Dina fue la penúltima en salir, con Degoth cuidando la retaguardia. Frente a la ex-sargento andaba su abuelo, con una flecha en la cadera.

—¡Abuelo! —dijo ella.

—Estoy bien —respondió, aunque cojeaba.

¿Quién más estaba herido, o muerto? Pronto lo sabría..., si salía viva, pues los soldados ya los perseguían por el túnel.

Maldito chiste desabrido, pensó corriendo de nuevo por ese túnel, ahora hacia adentro.

—¡Síganme! —gritó alguien al frente cuya voz reconoció como la de Rafel. Con el bibliotecario muerto, esperaba que el alquimista supiera alguna vía de escape, como los

pasadizos secretos de los que habló Ornef. Si una persona los podía sacar de allí, era el alquimista. Ese hombre parecía saber todo de todo.

Llegaron a un salón rectangular con tres puertas, una a la izquierda, otra a la derecha, otra al frente. Tomaron la de la derecha todos (Dina pudo ver, aliviada, a su abuelo, al maestro, a Tom, la lideresa, Misrairám, y Rafel al frente), pero Dina se detuvo por un momento para auxiliar a Degoth que fue alcanzado por uno de los soldados y se defendía de las tajadas.

Antes de que la ex-sargento pudiera ayudarle, el guerrero dragón extendió hacia el frente su mano izquierda con un movimiento rápido, como si empujara algo. Hubo una explosión de aire. A Dina se le taparon los oídos.

El soldado enemigo fue expelido con fuerza hacia atrás, su coraza se aboyó rompiéndole el esternón, y se estrelló contra sus compañeros, algunos de ellos cayendo al piso.

Eso les daba un poco de tiempo. Se apresuraron detrás de sus amigos, saliendo por la puerta abierta, luego un pasillo corto que terminaba en una encrucijada en forma de «T».

—¡Por allá! —dijo Degoth apuntando a la izquierda. Se oía el eco de los pasos de sus compañeros; corrieron unos cuarenta codos.³ Llegaron a un salón circular justo a tiempo para ver cómo su abuelo salía por un marco a la derecha.

Imitaron al herrero. El pasillo era un poco más ancho, pero les impedía avanzar una puerta doble de madera que estaba cerrada, con barrote o candado, por el otro lado.

—*Forje shelta* —dijo Tom el grande—. Estamos perdidos.

El alquimista metió la mano en el bolsón, sacó los anillos, escogió uno, se lo puso en el dedo anular de la mano izquierda, y pidió un poco de espacio.

—Que los dioses me protejan —musitó el alquimista. Con eso, y con un rugido, un alarido, un grito de guerra, lanzó ambas manos hacia adelante, las palmas extendidas.

Fue una explosión de aire tan fuerte que Dina trastabilló y cayó de espaldas. Tom se estrelló contra la pared, Joneh-duné soltó unos creativos juramentos cuando su cabeza latigó hacia atrás. Solo Ibán-ael, Misrairám y Degoth no sufrieron consecuencias, y esto por estar justo detrás de los demás.

La puerta doble, literalmente, se partió en pedazos.

—¡Por los Jinetes! —exclamó Ibán-ael—. ¡Ten misericordia, Patriarca!

Dina se puso de pie rápidamente, un poco avergonzada de haberse caído.

—¿Están todos bien? —preguntó el alquimista.

No se escuchaban los soldados cerca, quizás habían tomado una puerta equivocada. Pero el estruendo habría llamado su atención.

—Todos bien —dijo Degoth.

Atravesaron el umbral. Estaban a unos tres codos del piso, al que descendían por unas escaleras anchas de piedra blanca.

Los recibió una titánica bóveda de la biblioteca, con hileras e hileras de libreros altos. El techo se perdía en la oscuridad, y las paredes estaban repletas de libros que, de la misma manera, se perdían en la negrura arriba. Dina se preguntó cómo espíritus podía alguien llegar hasta uno de esos libros. Necesitaría una escalera tan alta que sería una encomienda de significativa peligrosidad.

Descendieron, y el alquimista se detuvo en el peldaño de arranque, que era ancho.

—No sé si habrá tiempo después, así que hagámoslo ahora.

Le dio al maestro Slepten el anillo rojo, la manipulación del fuego. A Ibán-ael el celeste, manipulación del agua. Y a Degoth el marrón, manipulación de la tierra.

Degoth, sin embargo, no tomó el suyo. Dijo:

—Dáselo a Dina.

—Sin ofender a Dina —dijo el alquimista—, pero creo que tú debes tenerlo.

Ella estaba de acuerdo con Rafel. Sin embargo, conocía el secreto del guerrero dragón, y no estaba segura si Rafel. Hasta donde ella sabía, los únicos enterados de que Degoth era un mago era ella, Slepten, el padre de Degoth, y el difunto Nimud.

—Escúchame, Rafel —dijo Degoth. De su bolsillo sacó una roca negra, del tamaño de una moneda, y la mostró en su palma—. Yo también tengo mis secretos. Dale ese anillo a Dina.

Las cejas del alquimista se arquearon:

—¿Es una reliquia? ¿Por qué no me dijiste que tenías una? ¿Desde cuándo...?

—Como dije: yo también tengo mis secretos.

Es un farol, pensó Dina. Esa piedra no era una reliquia. Probablemente no. O quizás, una de protección, pero no de manipulación de elementos. Esa piedra servía para tener una explicación plausible cuando hiciera uso de sus poderes mágicos.

No, no era esa reliquia la que imbuía al guerrero de sus poderes, sino que era un hechicero, un manipulador.

Dina recibió el anillo del alquimista, intentó ponérselo en la mano izquierda, pero tenía el dedo anular demasiado delgado, así que lo puso sobre el pulgar.

Inmediatamente sintió algo difícil de explicar en su cuerpo, una especie de escalofrío relampagueante. Podía ver con más claridad, y algo más extraño: sentía el polvo y la tierra a su alrededor. Sí, los sentía, como un hierro es atraído por un imán. Era una sensación sobrecogedora, por lo que estuvo apunto de quitarse el anillo. Como si la tierra la llamara, como si la retara a manipularla.

A su alrededor, los portadores de anillos experimentaban algo probablemente similar a lo que ella, porque todos tenían una extraña expresión en el rostro.

Ibán-ael, la palma de su mano cerca de su cara, la boca media abierta. Rafel, el ceño fruncido. Slepten, los ojos cerrados.

Cruzó miradas con Degoth.

Él asintió dos veces, diciéndole: *Estarás bien*.

—El pasadizo secreto está allá —dijo el alquimista apuntando hacia la lejana esquina del salón en donde estaban—. Está detrás de...

En ese momento, una luz brillante, seguida por una explosión.

Dina se cubrió el rostro al ver el fuego aproximándose, y salió expulsada.

BÓVEDA

ABRIÓ LOS OJOS.

No podía ver nada; oscuridad a su alrededor.

Olía a humo. A fuego. Parpadeó varias veces, y la vista le regresó. Escuchó gente quejándose, tosiendo. Libros en el suelo, encendidos. Astillas y pedazos de madera tirados. Los oídos le retumbaban.

—¡En guardia! —gritaba Degoth—. ¡De pie! ¡En guardia, nos atacan!

Dina se talló los ojos con la manga de su túnica.

Estamos bajo ataque, tengo que defenderme o estoy muerta.

Se puso de pie, aunque desorientada, y desenvainó. Vio la escena. Diez enemigos, envueltos en túnicas negras. Tres de ellos con espada en mano, pero el resto no. Cuando uno de ellos, de complexión delgada y con una trenza que le llegaba hasta la cintura, lanzó una esfera luminosa, entendió que se trataba de hechiceros. Lo confirmó, pues los demás también manipulaban los elementos a su alrededor.

Una tropa de hechiceros, pensó, alarmada.

La resistencia se ponía de pie y montaba un contrataque mágico. De la mano extendida de Ibán-ael salía un chorro de agua congelada. Slepten arrojaba esferas de fuego. El alquimista, con sorprendente rapidez, formaba frente a él un torbellino de tierra, libros, astillas y pedazos de madera que bailaba entre ellos y los enemigos, no permitiendo que los otros se acercaran demasiado. Degoth luchaba espada contra espada con un corpulento encapuchado, y su abuelo..., ¿dónde estaba su abuelo?

No lo veía por ningún lado, tampoco a Misrairám. Entonces allá lejos, cerca de donde combatía el guerrero dragón, vio a su abuelo tirado en el suelo, sin moverse. No podía verle el rostro, solo los pies y la barriga. Tenía las manos extendidas, y uno de los de negro, con una espada lista, se le acercaba.

Dioses, no. Por favor no, dioses.

En ese momento le habría gustado manipular el aire para saltar, impulsarse y caer del otro lado, cerca de su amado abuelo, para defenderlo y ver si estaba bien. Tenía que estar bien.

—¡Abuelo! —gritó con todas sus fuerzas, con la esperanza de que su grito llegara hasta los tímpanos del herrero y lo despertara a tiempo.

Tendría que hacerlo ella, pues Degoth seguía luchando contra su contrincante que, aparentemente, era buen espadachín.

Antes de dar un paso, de soslayo vio una daga que, controlada por un manipulador de aire, se acercaba dando vueltas. ¿Quizás la reliquia de protección, esa roca azul que pendía de su cuello, la protegería de algo así? Probablemente no. De un golpe de aire, sí. De una daga voladora, no. Además ni siquiera había activado la reliquia, por lo que no servía ni de adorno, pues la llevaba escondida bajo sus túnicas.

Movió la cara a tiempo para evitar que le pegara en el rostro, y cerrando los ojos por un momento musitó las palabras del encantamiento: *Nored elca semet*.

Un escalofrío le recorrió el cuerpo. Ahora tenía protección. Ningún hechizo mágico la dañaría, aunque con ciertas condiciones, pues cada vez que usaba la reliquia Dina perdía energía

interna.

Debí darle la reliquia a mi abuelo, se dijo, pero no tuvo el tiempo. El ataque fue repentino.

Una esfera enorme de fuego la envolvió, y la habría matado si no fuera por la protección que llevaba. Sintió el calor intenso a su alrededor por un momento, luego la llama se difuminó.

Inmediatamente se sintió cansada, tremendamente cansada. La mirada se le nubló, vio puntos luminosos y por un momento pensó que se iba desmayar.

¿Qué le sucedía? Nunca perdía tanta energía interna con una sola protección.

Es la combinación del anillo con la reliquia. Estoy usando demasiada energía interna.

¡Moriré consumida si no hago algo!

Se quitó el anillo y lo guardó, esquivando unos rayos luminosos que descendieron de una nube formada encima de ella. La reliquia la habría protegido, pero también perdería energía, y prefería guardarla todo lo posible.

Si no se concentraba, moriría. Seguro que moriría.

Se acercó corriendo al hechicero que intentaba achicharrarla con las centellas. Era, de hecho, una mujer, que lanzó un conjuro y envió un par de relámpagos desde una mano extendida. Mano que, de un tajo, Dina le cortó. La bruja gritó sorprendida, pensando que los relámpagos habrían detenido a cualquier contrincante, pero antes de que hiciera alguna otra cosa, la ex-sargento le clavó la espada en el pecho.

—¡Púdrete con los espectros! —espetó Dina cuando esta se desplomó, la mirada vaciándose.

La atacó otro de negro, blandiendo espada en la izquierda y daga en la derecha.

Aparentemente no era hechicero, solo espadachín. Pero uno bueno. Arremetió contra ella con violencia y estratégicamente, trabando espadas e intentando clavarle la daga por debajo de las costillas. Dina movió la cadera y evitó el filo corto. Le propinó un rodillazo en la boca del estómago que lo hizo retroceder.

Envainó la espada y se puso el anillo. Recitó las palabras y desactivó el pendiente.

El espadero, con dientes rojos, le sonreía. No estaba ella segura si era sangre o algún tipo de tinta ritualística. Además de los dientes rojos, llevaba las mejillas tatuadas con símbolos ocultistas que reconocía pero no sabía interpretar.

—Ha llegado su hora —dijo el de negro, los ojos bien abiertos, la mirada de un lunático—. ¡Ha llegado la gran revelación! ¡Ha llegado la gran revelación, y ustedes son los testigos, los últimos testigos! ¡Anúncienlo a las puertas de los Jardines! ¡Los hechiceros han tomado Argoth para siempre!

—Anúncialo tú, maldito hijo de Shiagón, cuando llegues a las puertas de la infratierra.

En ese momento Dina fue invadida por la furia, la desesperación, las ganas de saber si su abuelo seguía con vida. Se acumuló dentro de ella toda la rabia que sentía los últimos meses.

Lanzando un grito desgarrador, levantó ambas manos hacia el techo, sintió enlazarse con las piedras arriba, muy arriba, y con todas sus fuerzas hizo descender las manos. Se escuchó un estruendo en las alturas.

Una sección grande del techo se agrietó, se resquebrajó, se partió, y se vino abajo, dejando entrar la luz del sol.

Por un momento se quedó paralizada al ver los pedazos gigantescos de piedra que descendían sobre ellos, preguntándose si verdaderamente era la autora de ello.

Huyó. Corriendo, lanzó una mirada por encima del hombro. El de los dientes rojos quedó triturado bajo un enorme pedazo de piedra, todavía con la sonrisa maniática dibujada en el rostro. Los restos de la bóveda también alcanzaron a algunos de los otros hechiceros quienes, con un alarido, desaparecieron bajo los escombros.

Se salvó por unos dos pasos.

Un trozo grande de techo yacía frente a ella, el polvo levantado en el aire.

—¿Están todos bien? —gritó Degoth momentos después.

—Estoy bien —respondió Tom.

—Herido, pero bien. —Slepten.

Tenía la esperanza de escuchar la voz de su abuelo diciendo que él también estaba bien. Por un momento la invadió el horrible pensar de que Joneh-duné sobrevivió solo para morir bajo los escombros. Si ella lo había matado, nunca se lo perdonaría.

Caminó por encima de la demolición en dirección del último lugar donde vio a su abuelo. Se detuvo frente a un cadáver.

Una sección del techo le cayó encima, pulverizándolo del pecho hacia abajo. Tenía los ojos y la boca abierta en una horrible mueca de espanto y dolor.

Era Misrairám.

Dioses. ¡Lo he matado yo!

¿Y la lideresa? No la veía por ningún lado, y tampoco la escuchó responder que estaba bien. Probablemente también había sucumbido bajo los escombros.

Le faltaba el aire. Por poco y vomita. Por su culpa uno de los suyos estaba muerto, posiblemente dos. Y con la lideresa también se perdía el anillo de manipulación del agua, el cual era fundamental en la lucha contra los magos. ¿Cómo lo recuperarían? ¿Tendrían tiempo para buscarlo entre el escombros?

Un movimiento a su izquierda la sacó de sus pensamientos. Un enemigo, cubierto en polvo, se aproximaba blandiendo una espada. Por inercia, como si el anillo fuera parte de ella por mucho tiempo, creó un torbellino por debajo de los pies del otro, quien dio tres vueltas en el aire y cayó de cabeza cerca de Dina, quien le insertó el acero por la espalda dos veces.

—¿Están muertos todos los hechiceros? —Era Degoth, caminando también por encima de la piedra triturada, buscando enemigos.

—¡Degoth! ¿Dónde está mi abuelo?

El guerrero dragón la miró. Sangre le bajaba por la frente.

—Dina, ¿estás bien?

—¿Dónde está Joneh-duné?

—Está..., estaba...

—¿Dónde?

Degoth apuntó. Un montón de rocas apiladas.

Dina se llevó a la mano al corazón.

—No..., lo he matado.

—Dina, no es tu culpa.

—¿Cómo que no? ¡Yo destruí el techo! Maté a Misrairám, a Ibán-ael, y... —Dejó caer su espada y se llevó ambas manos al rostro.

Tom el grande se acercó:

—Dina, allí no está tu abuelo. No está debajo de eso. Yo no lo vi allí cuando la bóveda se desplomó.

—¿Entonces? —preguntó Dina, extrañada.

—No lo sé, pero allí no estaba.

—¿Estás seguro?

—Casi. Todo fue tan rápido. No lo puedo asegurar por completo.

—Algo está pasando —dijo el maestro Slepten, apuntando hacia la enorme abertura en el

techo. Sangre le bajaba por el brazo izquierdo, las gotas rojas pendiendo de sus dedos y regando el suelo. Parecía una herida grave.

Efectivamente, algo extraño sucedía. El cielo se oscurecía y rápidamente; unas nubes negras se apoderaban del firmamento. La temperatura cambió drásticamente, y una brisa fría descendió sobre ellos. Después, el rugir grave de un trueno, luego otro, y entonces el cielo se iluminó con ese centellar intermitente de una tormenta.

El cielo tronó tan fuerte que Dina retrocedió un par de pasos y se encogió de hombros. Iluminadas las nubes, se distinguió la silueta de un hombre que descendía, levitando, hacia ellos. Sus túnicas de color oscuro revoloteaban a su alrededor, y con las manos extendidas hacia arriba, tocó suelo a un tiro de piedra de ellos.

Era Lord Mergante.

MÁTALOS

RECONOCIÓ QUE ERA el hechicero, el llamado Gran Vidente, porque correspondía con la descripción. Tez negra, cabello gris y barba del mismo color que le cubría el cuello.

Sin embargo, lo que tenían en frente no era un humano, sino un gigante, un humanoide, un monstruo. Medía el doble que cualquiera de ellos, y en lugar de manos de humano, parecían de pantera. Sus pies como de oso. Su rostro era una mezcla de humano con bestia, orejas de felino, los ojos completamente amarillos, dientes afilados, y un hocico a medio formar, similar al del león. Se había transmutado a medias, blandía una enorme espada en la mano derecha y en la izquierda un cetro de plata con una piedra roja en el extremo superior.

El monstruo emitió un gruñido, gutural, amenazante.

No abrió la boca, sin embargo, Dina escuchó la voz del hechicero claramente en su cabeza.

Les daré la oportunidad de rendirse. De lo contrario, los mataré.

Ella se sobresaltó. No solamente escuchó las palabras retumbar en su cráneo, sino además invadieron su cuerpo entero, haciéndola vibrar. Era una voz clara y masculina. Hablaba con la tranquilidad de uno que conversa con algún amigo sobre el clima.

Se preguntó qué tipo de magia era esta. Con el anillo puesto, activó la reliquia. De nuevo, un mareo se apoderó de ella. Pero tenía que resistir. Este era el final. O moría peleando, o moría consumida por el poder del anillo y el pendiente.

O matamos al maldito hechicero y vivimos.

Prefería esa tercera opción.

—Tengan cuidado —dijo el maestro Slepten—. Protejan su mente. ¡Resístanse!

¿Resistirse? ¿Y cómo por todos los Jinetes de la infratierra se resistía uno a un ataque mental? Quizás los guerreros de la Orden del Dragón recibían ese tipo de entrenamiento, pero ella había sido una sargento del ejército de Argoth, y aunque desde pequeña fue entrenada por su abuelo en el arte de la espada, nunca, nadie, jamás le enseñó a resistir poderes mentales.

Si la reliquia no la protegía de ello, estaba completamente perdida.

Los he buscado por todo el reino. Y los vine a encontrar aquí. En el patio de mi casa. Me gustaría que estuvieran afuera, viendo lo que he preparado para la ciudad. En este momento, cientos de hechiceros entran a la ciudad, toman las calles y doblegan a los rebeldes. Argoth se convertirá en el primer reino del mundo en ser regido completamente por hechiceros.

Dina solo se lo podía imaginar. Estaba segura que, si lograba salir de esta, saldría para encontrar la capital en caos, con personas de todas las edades asesinadas en las calles. Esta era una demostración de fuerza con el propósito de evitar cualquier levantamiento futuro. Era una manera de decir: «Esta es la nueva realidad. Nosotros somos los dueños ahora, ustedes se someterán. Todo cuello que no se doblegue, será cortado».

Comenzó a llover. El cielo seguía tronando, los relámpagos iluminando las nubes. Libros volaban, pues el aire que descendía formaba torbellinos por todo el salón. Una tempestad a la que solo le faltaba el mar.

—Esta no es tu casa —dijo Degoth tisdita—. Es nuestra casa. Nuestro hogar. Nuestro reino. Nos pertenece. No eres mas que un usurpador.

El hechicero sonrió, enseñando los colmillos.

Va a ser divertido jugar con ustedes. Verlos morir. Ver cómo se matan los unos a los otros.

—Cuidado, cuidado, estén alertas —volvió a decir el maestro.

Degoth apuntó con la espada al engendro:

—¡Te regresaremos a donde perteneces: con tu padre Shaigón!

¿Sí? ¿Tú y tu tropa mediocre?

El hechicero rugió. Un rugido largo y feroz. Los apuntó con su cetro.

El cuerpo de la ex-sargento se puso tieso. No podía mover bien sus extremidades. Una vez, hace años, cayó en arena movediza, y estuvo apunto de parecer de no ser auxiliada por un compañero. Así se sentía en ese momento, absorbida por arena invisible que le impedía la movilidad.

Entonces oyó en su cabeza:

Eres mía. Tu cuerpo es mío. Tu mente es mía.

La voz parecía lejana. Su energía interna disminuyó, la reliquia intentando bloquear el hechizo de manipulación de mente, alma y cuerpo.

Mátalo, dijo la voz dentro de ella. Mata al dragón.

Habiéndose convertido en un títere, Dina se dio la vuelta y encaró a Degoth.

—Dina —dijo el guerrero dragón desesperado—, ¡resiste el hechizo!

No puedo, pensó Dina. Esperaba que su cara se lo dijera a Degoth, que sus ojos le explicaran que había perdido el control de sí misma y que actuaba por órdenes de uno más poderoso que ella.

Enmudecida, con la espada en mano, se lanzó contra su compañero. Cuando las espadas chocaron entre sí, aterrada vio que a espaldas de Degoth, Tom el grande enterraba su daga en la boca del estómago de Rafel. El alquimista gritó sorprendido, y cuando el tabernero sacó el filo y se lo enterró por segunda vez en las costillas, dijo Rafel:

—Tom..., noooo...

Pero el tabernero, al igual que ella, no tenía control sobre sus acciones. Cuando el alquimista se derrumbó en el suelo, atacó al maestro Slepten, quien con gritos intentaba disuadirlo:

—¡Tom! ¡Tom! ¡Concéntrate! ¡Lucha contra él!

Dina sabía lo difícil que sería derrotar al guerrero dragón. En estos últimos años que lo conocía, lo vio pelear múltiples veces. En su opinión, Degoth tisdita era posiblemente el mejor espadachín del reino.

El instinto de supervivencia, sin embargo, le instaba a seguir atacando; golpe vertical, ataque doble hacia el frente, finta, redoble. Degoth se defendía y, hasta ahora, se rehusaba a montar ataque. Seguía gritándole, hablándole, intentando razonar con ella, pero aunque veía sus labios moverse, no entendía ni una sola palabra. Estaba sorda a la voz de él. Pero no a la voz de Mergante:

Mátalo, Dina. Si acabas con el dragón perdonaré tu vida y la de tu abuelo.

¿Cómo sabía su nombre? ¿Cómo sabía el de su abuelo? ¿Entonces su abuelo seguía con vida?

Tenía que matarlo. A Degoth, es decir. Era la única forma de sobrevivir. Así tendría tiempo para buscar a Joneh-duné antes de que fuera tarde.

Nunca podría derrotarlo con la espada. Entonces recordó el anillo.

Con un grito demencial, extendió su mano hacia Degoth, haciendo girar los dedos extendidos, y un torbellino de aire horizontal se materializó.

El guerrero dragón levanto las cejas sorprendido antes de que el remolino lo engullera y lo mandara hacia atrás como rehilete.

Al caer, a unos diez pasos de ella, perdió la espada.
Dina corrió con su arma en alto.

DAGA

LE CLAVÓ LA punta de la espada en el hombro izquierdo.

Degoth exclamó de dolor.

Le habría atravesado el corazón de no ser que logró moverse en última instancia. Antes de sacar el filo y enterrárselo de nuevo, le dio a ella una patada detrás de la oreja, que la lanzó hacia adelante, desorientada.

Al darse la vuelta, Degoth estaba ya de pie, sin la espada pero con daga lista.

—Tú puedes, Dina. Si te concentras podrás sacarlo de tu mente.

Quizás fue el golpe que la regresó a la realidad, porque por un momento recuperó el control de ella misma. Se percató, desconcertada, que ya no estaban solos. ¿Por cuánto tiempo había peleado contra Degoth? Le parecía que un minuto o dos, pero era imposible. Primero, porque el guerrero dragón sudaba extensamente y se notaba cansado. Y segundo, porque una guerra sucedía en torno a ella.

No tenía ni la menor idea de cómo o cuándo, pero allí, en la bóveda semidestruida de la biblioteca, combatían soldados de Argoth contra soldados rebeldes, hechiceros contra... ;contra otros hechiceros (¿paladines Iluminados, quizás, o hechiceros que no se doblegaron a Mergante?!), e incluso varios con la insignia en el cuello que los identificaba como guerreros dragón.

—¡Ataquen! —gritó Ibán-ael (¡estaba viva!), quien entraba por la izquierda con un séquito de sus tropas. Por la cabeza de Dina relampagueó el pensamiento que la lideresa habría logrado escapar posiblemente por el pasadizo secreto y reunirse con los suyos para montar la ofensiva.

Un pandemónium de truenos, rayos, torbellinos, bolas de fuego, esferas de agua, flechas, maldiciones, golpes...

Tom el grande, tumbado en el suelo, no se movía, y de su pecho brotaba sangre.

El maestro Slepten seguía vivo, repartiendo sablazos y manipulando fuego que consumía a sus adversarios. Había tomado las riendas del ejército rebelde, y además de pelear, ladraba órdenes.

Del otro lado, el hechicero Mergante cortaba las cabezas de los que se acercaban demasiado. A uno lo desarmó y le arrancó la cara de un mordisco.

Degoth buscaba su espada en el suelo, y aprovechó la distracción de la ex-sargento para ir a por ella y recuperarla. Entonces atacó a Dina con un par de espadazo fuertes, en forma de equis, que ella resistió con relativa facilidad. Se preguntaba porqué el guerrero dragón no usaba sus poderes mágicos contra ella, pero recordó que tenía activada su reliquia de protección.

De milagro seguía viva, pues sentía en su interior que la energía interna se le terminaba. Cuando eso sucediera, se desplomaría, completamente exhausta, y finalmente su corazón, exhausto también, dejaría de latir.

Hizo espacio entre ella y su contrincante y desactivó la reliquia, esperando que Degoth no se diera cuenta. Al hacerlo, fue como si un peso se le quitara de encima. Seguía cansada, pero se sintió un poco mejor. Si se quitaba el anillo, lograría ir recuperándose. Estaba por hacerlo cuando Degoth acometió de nuevo, esta vez con una progresión del pie delantero, seguido por un deslizamiento vertical de la espada, luego una ofensiva doble horizontal. Ella hizo defensa,

sintiendo en los brazos las vibraciones de las espadas cuando chocaban. Le dolía la muñeca con la que sostenía la empuñadura.

Degoth resoplaba como toro, de cansancio. A unos cinco pasos de ella, puso la punta de la espada en el suelo y se recargó sobre ella con las dos manos, como si fuera un bastón.

—Quién lo hubiera pensado, Dina. Que terminaríamos luchando el uno contra el otro.

—Rinde tu espada, Degoth.

—No sé que te haya dicho Mergante, pero es mentira. Te matará.

Dina lanzó una mirada de soslayo para ver al hechicero, que seguía deshaciéndose de los enemigos más cercanos, rugiendo, lanzando mandobles además de relámpagos que salían de su cetro.

El dominio que el hechicero tenía sobre ella era menor que al principio, mucho menor. Todavía era un títere, pero con algunas de las cuerdas cortadas. Pensaba mejor; sin embargo, aún la poseía el deseo por acabar con la vida del guerrero dragón.

—Piensa en todo lo que hemos hecho —continuó Degoth—. Los enemigos que derrotamos. Él no es más que uno más. Lo venceremos igual, si hacemos equipo. ¿Entiendes? *Si hacemos equipo.*

Ella quería decirle que sí, que estaba de acuerdo, que lo que más deseaba era matar a ese hechicero hijo de los malditos Jinetes, recuperar el reino que les pertenecía a todos ellos, y vengar la muerte de su tío, de Ornef, de Tom, de todos los ejecutados por ese maldito agorero.

En lugar de eso, un grito salió desde lo más profundo de su pecho, un intento de recuperar su mente, un grito de angustia, de dolor.

Quizás pueda, pensó Dina. *Quizás pueda...*

Degoth atacó. Fue repentino. Un ataque mágico.

Ella no tuvo tiempo para activar la reliquia, así que el torbellino de aire la levantó alto, muy alto, tan alto que supo que moriría al caer. No llegó hasta el techo, pero le pareció que casi. El descenso no fue en vertical hacia abajo, sino en arco; el torbellino la lanzó como si fuera una piedra.

Se rompería el cuello al caer. En lugar de eso, a unos codos del suelo una explosión de aire le detuvo el impacto. De todas maneras, el golpe fue fuerte y le sacó todo el aire.

Perdió el conocimiento por un momento.

Mientras se recuperaba Dina, el maestro Slepten, seguido por varios guerreros dragón, paladines Iluminados, Iban-ael y Degoth se acercaron a Mergante y, juntos, arremetieron contra él aquellos que tenían poderes mágicos.

Una especie de burbuja protectora se materializó alrededor del hechicero, pero no con suficiente rapidez, pues algunos de los hechizos lo golpearon en el cuerpo y, por lo menos uno de ellos, en la cara. El hechicero bramó.

Dina abrió los ojos grandes cuando se cortó por completo la manipulación de su cuerpo. ¿Dónde estaba? Había caído a tan solo unos pasos de Lord Mergante. Sí, el hechicero no podía verla a sus espaldas.

En ese momento cruzó mirada con Degoth, y entendió lo que le gritaba, incluso con el ruido de la refriega:

—¡Mátalo!

Entendió entonces la estrategia de Degoth. Extraña, sí, pero efectiva. Ponerla justo detrás del hechicero y darle la oportunidad de ejecutarlo.

La espada la perdió en la caída, pero llevaba en el cinto su daga, de buen tamaño. No lo pensó dos veces, desenvainó, dio tres zancadas, y le enterró la daga a Mergante en los riñones

una, dos, tres veces, con rapidez, con desesperación, y luego le clavó la daga hasta la empuñadura en la espalda.

Mergante le dio un codazo duro en la quijada y se fue dando tumbos hacia atrás.

Se pegó fuerte en la nuca al caer.

Vio al maestro Slepten y a Degoth clavando sus espadas en el pecho del hechicero.

Luego un grito. Una luz brillante. Mergante regresando a su forma humana, desplomándose en el suelo. Degoth alzó su espada y la hizo descender con violencia sobre el cuello del hechicero.

Todo le daba vueltas. ¿Iba a morir? ¿A desmayarse?

Escuchó una voz. Una voz muy familiar.

—¡Dina! ¡Hija! ¿Estás bien?

—¿Abuelo? —musitó—. Pensé que habías muerto.

—Algún día moriré —le dijo Joneh-duné, arrodillado junto a ella—. Pero hoy no.

Ella sonrió.

Y se desmayó.

COMIENZOS

PASARON UNOS SEIS meses antes de que se restableciera la ley y el orden en la ciudad de Argoth. La razón, en parte, fue que no había corona sobre el trono. Además de eso, por un momento fugaz, el alto general primero intentó hacerse del control después de la muerte de Mergante, pero los hechiceros y los soldados no lo siguieron. Fue apresado por los guerreros de la Orden del Dragón y enviado al calabozo a esperar su juicio.

Al final, lo que calmó las aguas fue que la gobernadora de Gabá, Yualín-azemeth, no solo formalmente firmó la declaración de paz entre Argoth y Gabá, sino que reclamó su derecho al trono del reino, siendo ella de sangre real.

Dina, cuando escuchó eso, pensó que los argotitas se opondrían. Después de todo, las dos ciudades estuvieron apunto de entrar en guerra, una que seguramente se habría prolongado por meses, incluso años. Además, las dos ciudades eran muy orgullosas, siempre pensando que una era mejor que la otra.

Para sorpresa de la ex-sargento, la mayoría de la ciudad apoyó a Yualín-azemeth. Era bien sabido que la gobernadora fue pieza clave en el ascenso de la economía gabana, además de tener la fama como una mujer fuerte, firme, que no se dejaba intimidar, pero al mismo tiempo era justa.

Así que en el séptimo día del mes séptimo del año 3,521 de la nueva era, la gobernadora marchó por las calles de Argoth, recibida con vítores y gran pompa. Dos meses después (mientras se hacían los preparativos), la nueva reina fue coronada por el sacerdote supremo, en el Gran Templo de la religión elemental.

El primer acto de la nueva reina fue organizar el funeral de la difunta reina Malbeth, el cual se llevaría a cabo a finales del año. Se le daría a la reina todos los honores merecidos, y sería enterrada junto con sus padres.

Los héroes que lucharon en contra del hechicero recibieron un medallón de oro puro con la insignia de la nueva monarca, ganándose para siempre el título de *urdur*, que en la antigua lengua significa, simplemente, «valiente». El galardón máximo en el reino. Se le otorgó ese honor de manera póstuma al comandante Balzin, héroe del reino.

Se levantó una hermosa estatua de Tom el grande, no muy lejos de su taberna, en su honor. Aparecía con mano en el pomo de la espada, mirando valiente hacia el frente. La inscripción decía: «Tom el grande. Héroe».

En honor a Ornef, una placa prominente de oro puro se colocó en la entrada principal de la biblioteca. En ella se honraba la memoria del bibliotecario. También se le nombraba «el eterno protector de la biblioteca». Su cuerpo, recuperado, se enterró en el valle de los vivientes, donde reposaban los hombres y las mujeres que habían contribuido a la grandeza del reino.

Rafel pasó tres meses recuperándose de sus heridas, auxiliado por Lemet-el-edín, pues se rehúso a ser tratado por los médicos reales, diciendo que él era mejor doctor que cualquiera de ellos (y tenía razón). Además recibió fondos para reconstruir su torre. Como hombre precavido que era, había logrado salvar algunos de los códices más preciados de perecer en las llamas. Además, con el dinero recibido por la Corona, él y Lemet-el-edín emprendieron un viaje por el reino y más allá para comprar los libros, códices y pergaminos más interesantes que pudieran

encontrar. Dijo Rafel que registraría sus viajes en un manuscrito para publicarlo después. Dina le dijo que lo compraría.

La Orden del Dragón fue restablecida, pero esta vez a una posición de supremacía, como los guardianes de la paz de todo el reino, por encima incluso del ejército. El maestro Slepten fue hecho consejero de la reina. Intentó rehusar dicha posición, pero al final la aceptó después de ser convencido por varios de sus hermanos dragones, especialmente Degoth.

El Edicto de Inshetabi fue anulado, el cual en el año 2,975 había prohibido la magia en el reino. Ahora los magos, brujas y hechiceros del reino no serían perseguidos. Podrían practicar las artes mágicas con libertad, siempre y cuando las usaran para el bien.

Aquellos magos que se unieron a la rebelión bajo el estandarte de Mergante fueron enjuiciados y encarcelados algunos, otros recibieron su libertad, con condiciones.

Se desbandó la Cofradía del Resplandor. Los monasterios pasarían a ser propiedad de la Orden del Dragón. Se terminó la inquisición. Ningún iluminado fue acusado de traición, sino que regresaron a su vida ordinaria, con la opción de ingresar al ejército bajo la supervisión de los dragones.

A Degoth se le dio la tarea de reconstruir el claustro del venerable Datán, que había sido destruido por los iluminados y el ejército argotita. También se le ofreció convertirse en el venerable maestro de dicho claustro, pero vehementemente se rehusó, y no pudo ser convencido ni siquiera por el mismísimo Slepten. Dijo que al terminar la restauración del claustro regresaría a ser un guerrero dragón itinerante, recorriendo el reino para garantizar la paz.

Unos ocho meses después de la coronación, Dina hizo el largo viaje hacia la isla de Nureph, a la punta de la montaña Liamatán, para ver a su amigo Degoth.

Lo encontró en una de las torres, todavía parcialmente derrumbada, supervisando la obra.

—¿Por qué no me dijiste que vendrías? —le dijo Degoth con esa elusiva sonrisa que solo pocas veces dibujaba su rostro.

—Porque quería ver tu cara de sorpresa.

—Pues lo lograste.

Ella se puso las manos sobre la cintura y miró las obras en construcción. El trabajo de restauración duraría su tiempo. Pero las cosas iban bien. La muralla ya no tenía agujeros, y se terminaba de reconstruir una de las secciones más dañadas, la puerta del este.

—¿Estarás aquí por un tiempo? —comentó Dina.

—Sí. Supervisando. Me viene bien un poco de tranquilidad. Incluso medio derrumbado este es un lugar de paz. Además, debemos asegurarnos de que los claustros se reconstruyan, y que la Orden continúe.

—Sé que así será. Estoy segura.

—Escucho que las cosas en el reino están mucho mejor.

—Sí. Gracias a los dioses, la nueva reina ha resultado ser una buena monarca. Justa. Accesible. Ama a todo el reino, aunque es gabana. Dicen que los gabanos solo se aman así mismos, pero no lo percibo así con ella.

—Lo mismo se podría decir de los argotitas.

—Si mal no recuerdo, tú la llegaste a conocer.

Para sorpresa de la ex-sargento, Degoth desvió la mirada y sus mejillas se tiñeron, apenas un poco, de rojo.

—La conocí solo un poco.

Prefirió no preguntarle más, pero por allí había escuchado los rumores..., que la entonces gobernadora de Gabá tenía un amante..., un misterioso soldado, que algunos decían era un

dragón...

—¿Y para ti, Dina? ¿Qué sigue?

—¿Para mí? Ahhh. La realidad es que no sé. Unirme de nuevo al ejército me da flojera. Viajar, también. Creo que probablemente regrese a la herrería de mi abuelo, o ponga yo misma algún negocio.

—Estoy seguro que cualquier cosa que hagas, tendrás éxito.

—Los dioses te escuchen.

—Otra opción es que te quedes aquí.

—¿Aquí? ¿Aquí donde?

—En el claustro.

—No, Degoth, yo no soy buena en la organización. Estorbaría más de lo que ayudo.

—No me refiero a la organización.

—¿Entonces?

—El claustro, aunque está en reparación, no ha dejado de entrenar guerreros. El nuevo venerable maestro es un gran amigo mío y un excelente maestro.

Ella se quedó perpleja:

—No entiendo. La Orden del Dragón es para hombres..., ¿no?

—Solo por tradición. Pero no hay canon alguno que prohíba guerreras. Te sorprenderá saber que han habido varias en nuestra historia. Lamento que no sea en la historia reciente, pero eso puede cambiar. Alguien como tú podría cambiar las cosas. Traer un nuevo aire a la nueva generación de guerreros y guerreras.

—Ya no estoy en edad para eso, Degoth. Los reclutas comienzan desde pequeños, como contigo.

—Pero no todos. Además, tú ya tienes entrenamiento. Quisiera poder decir que yo te he entrenado, pero en gran medida eres tú la que me entrenó a mí. Estoy seguro que te convertirías en guerrera de la Orden más rápido de lo que piensas.

Soplaba una brisa fría. Ella sintió un escalofrío, y se arropó con el manto.

—No lo sé, Degoth.

—¿Por qué no lo piensas?

—Ya lo estoy pensando.

—No necesitas responder en este momento. En este momento necesitamos hacer otra cosa.

—¿Sí? ¿Qué?

—Ir al comedor, pedir un buen pedazo de carne y una jarra de aguardiente.

Dina lanzó una carcajada. Dijo:

—Para eso tengo una respuesta inmediata: ¡sí!

Dina ek'Ordeh argotita, y Degoth ek'Degoth tisdita, de buena gana y contentos bajaron los escalones y se dirigieron al comedor.

*Monterrey, México
Mayo 2024*

AL LECTOR

ESTIMADO LECTOR:

Espero hayas disfrutado esta saga. Para mí fue fantástico escribir las aventuras de Degoth, Dina y sus amigos.

Si ha sido de tu agrado, será de mucha ayuda que puedas reseñarla en línea. Aunque toma unos pocos minutos hacerlo, esta acción, si bien pequeña, hará que más personas descubran el reino de Argoth.

No olvides darle un vistazo a mis otras novelas, que espero disfrutes de leer tanto como yo disfruté escribirlas.

Gracias,

J. J. Villarreal

OTROS LIBROS

OTROS LIBROS POR J. J. Villarreal

Libros de fantasía épica:

El despertar del dragón

El guerrero dragón

La reliquia del dragón

La venganza del dragón

Las crónicas de Casten

El amuleto

El agorero

Libros de suspenso:

Ángel guardián

El centinela

Todos disponibles en Amazon y Kindle Unlimited

Notes

- [1.](#) Unos 30 cm.
- [2.](#) Entre medianoche y las tres de la madrugada.
- [3.](#) Aproximadamente 20 m.